BOLSILIBROS BRUGUERA

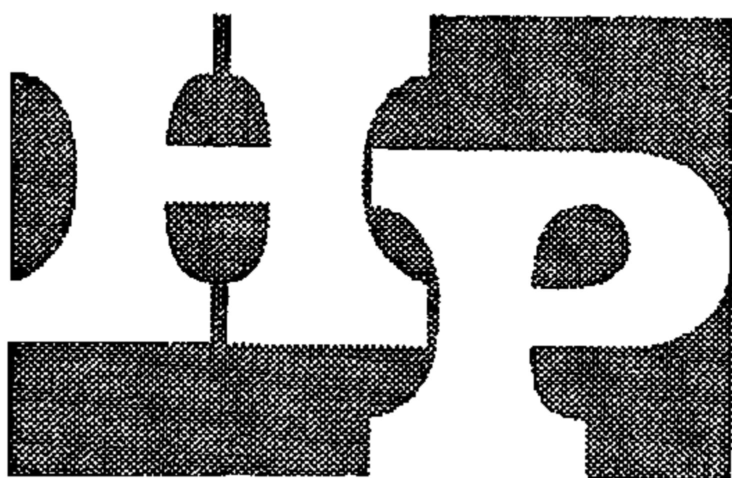
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Keith Luger

LA CALLE DE LA VIOLENCIA







Héroes de la PRADERA



Keith Luger

LA CALLE DE LA VIOLENCIA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 264
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 47121-1974

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: enero, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

Karen Marsh ya había llegado a su destino. A Silver Mountain.

Tiró de las bridas del carromato ante la oficina del *marshall*.

Karen se dijo que su aspecto no debía ser bueno después de aquella dura jornada en la que tuvo que vadear el rió Silver, que llevaba las aguas crecidas.

Pero estaba ansiosa por hablar con el *marshall*.

No, no iba a perder el tiempo ahora en elegir establo para su caballo, hotel para ella y acicalarse un poco.

Lo más importante era su conversación con el *marshall*.

Iba a saltar del pescante cuando sintió que unas manos fuertes la tomaban por la cintura y tiraban de ella.

—¡Eh, suélteme!

La había atrapado un grandullón de cara ancha, cejas espesas y hocico saliente y, enarbolándola como un trofeo, la enseñó a tres hombres que estaban en la acera de tablones.

—Muchachos, miren lo que me tocó como premio…

Karen pretendió soltarle un puñetazo a la cabeza, pero el grandullón anduvo rápido para burlarla.

—¡Maldito sea, zarrapastroso…! ¡Quíteme las manos de encima!

—Cariño, ¿alguien te dijo lo bonita que eres…?

—Claro que me lo dijeron, pero siempre fue un tipo mucho más guapo que usted y que olía mejor…

El grandullón soltó una risotada.

—Pequeña, tú y yo nos vamos a ir a tomar un baño. Los dos lo necesitamos y voy a pagar un dólar para que te rocíen con colonia de la buena… Farley Kerr se porta así con las chicas que le gustan.

—Por mí, Farley Kerr se puede ir al mismísimo infierno —respondió Karen, que seguía haciendo esfuerzos por soltarse.

—Muñeca, tú tienes que cambiar de opinión.

—Muy bien, ya cambié…

—Estupendo.

—En lugar de ir al infierno, váyase al cuerno…

Los tres compañeros de Farley Kerr reían divertidos ante la escena.

—¡*Marshall*…! —gritó la joven dirigiéndose hacia la oficina que tenía enfrente—. ¡Socorro, *marshall*…!

Farley Kerr soltó una carcajada más estruendosa que las anteriores.

—Eh, chicos, ¿qué hacen ahí parados…? ¿Por qué no se llegan a la oficina y le dicen al *marshall* lo que pasa?

Uno de los componentes del trío, un tipo larguirucho, de ojos hundidos y mejillas chupadas, abrió la puerta de la oficina sin pedir permiso.

—*Marshall*, aquí lo llaman…

Se oyeron pasos en el interior y el representante de la ley apareció en el hueco.

—¡*Marshall*! —gritó Karen—. Este hombre me ha importunado… Dígale que se esté quieto, y que me deje en el suelo… Necesito hablar con usted.

El propio Farley Kerr se dirigió al *marshall*:

—Ande, viejo, dígame que me esté quieto…

El *marshall* miró a los acompañantes de Farley que, a su vez, lo observaban atentamente.

—Lo siento, señorita, pero no puedo intervenir.

—¿Qué es lo que dice? ¿No es usted el representante de la ley?

—Sí, lo soy, pero no puedo hacer nada por usted…

—¿Por qué no?

—Porque si lo hiciese, estos hombres me matarían.

El de las mejillas chupadas se echó a reír.

—Eh, Farley, es cierto lo que dijiste. Este *marshall* es un gallina.

El representante de la ley dio media vuelta y entró en la oficina, cerrando la puerta tras de sí.

Karen estaba asombrada.

No lo habría creído si no estuviese despierta.

Y de eso, estaba segura. No, no dormía.

Allí estaba Farley Kerr para recordarle que la escena era real.

—Bueno, primor, ya pediste tu ayuda al *marshall* y él no pudo hacer nada por ayudarte… Vamos al baño… Nos van a poner como dos rosas.

Y agregó riendo:

—Mejillas Chupadas.

—Está bien —dijo Karen—. Pero, déjeme en el suelo, tengo dos piernas.

—Sí, nena, de eso estoy seguro. Tienes un par de remos de lo mejor que he visto desde que salimos de Dodge City.

Dejó a la joven en el suelo y ésta dio media vuelta simulando que se arreglaba el vestido.

Cuando se volvió, mostró un revólver en la mano derecha.

Farley, que continuaba riendo, dejó de hacerlo poco a poco.

—Eh, nena, ¿qué vas a hacer…?

—Quítese de en medio.

—Pero si yo sólo quiero divertirme contigo, muñeca.

—Se va a divertir con su tía…

—Nena, deja ya ese chisme…

—Voy a contar hasta tres, y si para entonces, continúa delante de mí, le juro que le voy a meter una bala en la barriga.

—No hablarás en serio…

—Uno…

—Tú no serás capaz de…

—Dos…

—Espera. Está bien, me iré.

Farley hizo una señal con la cabeza a sus compinches.

Los cuatro echaron a andar por la acera de tablones, riendo otra vez.

Karen se quedó allí quieta, viendo cómo se alejaban.

De vez en cuando, Farley Kerr volvía la cabeza. Sus ojos estaban muy brillantes.

Un viejo se acercó a Karen.

—Señorita, se ha librado de ésos, pero aquí todos los hombres se comportan de la misma forma… Disculpe, ¿viene usted sola?

—Sí. Mi nombre es Karen Marsh.

—Entonces, será mejor que se marche inmediatamente. Mi nombre es Arthur Harris y llevo en esta ciudad el tiempo suficiente para saber que en ella no hay lugar para mujeres honradas.

—Pero ¿qué es lo que pasa en Silver Mountain?

—Dicen que, para muestra basta un botón, y ya lo ha visto usted. Pidió su auxilio al *marshall* y tuvo que cerrar los ojos. Si él hubiese intentado levantar una mano en favor de usted, lo habrían matado sin pestañear.

Karen sintió que la ira rugía en su pecho.

—¡No pueden pisotear la ley de esa forma!

—Lo hacen, señorita Marsh. Lo malo es que lo hacen.

—Voy a hablar con el *marshall*.

—Sería mejor que no perdiese el tiempo.

—Gracias por sus palabras, señor Harris, pero he venido de muy lejos hasta Silver Mountain para arreglar cierto asunto.

La joven guardó el revólver y para ello tuvo que dar la espalda a Arthur Harris.

Luego, entró en la oficina.

El *marshall* estaba sacando unos papeles de un cajón y se interrumpió.

—Eh, ¿es usted?

—Soy Karen Marsh.

—Celebro que esté entera.

—¿No le da vergüenza decir eso? Estoy entera gracias a que pude sacar un arma. Sólo así quité de la cabeza a Farley Kerr la idea de rociarme con agua de colonia, y otras cosas más sucias.

—Más vale así.

—¿No tiene otra cosa que decir, *marshall*?

—Por si no lo sabe, puede dejar de llamarme *marshall*. Utilice sólo mi nombre, Chuck Danton. Dentro de poco sólo seré un ciudadano. Pondré la estrella en la mesa y me marcharé. Estoy recogiendo mis cosas.

—¿Por qué se marcha?

—Porque no soy un loco. ¿Es que no se dio cuenta de lo que pasa aquí?

—Contésteme a una cosa, señor Danton. ¿Cuándo juró su cargo?

—Hace dos horas.

Chuck Danton tomó un cartel de la mesa y lo levantó.

Karen pudo leer lo siguiente:

«Se necesita *marshall*. Sueldo muy bueno. Un dólar

por detenido».

Debajo, algún bromista había escrito lo siguiente con carbón:

«Se incluye una fosa».

—Es increíble —dijo Karen.

—Yo fui el estúpido que aceptó el cargo. Doscientos cincuenta dólares al mes y un dólar por detenido. Me fui al *saloon* más cercano, al Texas, y allí estuve una hora. ¿Sabe lo que hice durante ese tiempo?

—No, yo no estaba allí.

—Se lo explicaré, señorita Marsh. Una docena de muchachos me atraparon por su cuenta. Uno de ellos me puso el cañón de la pistola en el cogote y me obligó a ponerme a cuatro patas y a ladrar como un perro… Tuve que hacerlo, ¿lo oye? Yo, el representante de la ley, tuve que hacer eso… Si les hubiese desobedecido, me habrían llenado de plomo… Pero luego vino algo peor. Me pusieron una escupidera en lo alto de la cabeza y me sentaron frente al piano. Dijeron que tenía que cantar la canción que ellos eligiesen… Establecieron un concurso y, al fin, como cabía esperar, eligieron la canción más obscena Sólo me dejaron libre cuando el pasatiempo no tuvo ningún interés para ellos, cuando se habían hartado de reír… Terminado eso, me vine aquí para hacer mi equipaje… ¿Lo ha oído, señorita…? Hace tan sólo dos horas que empecé a cumplir con mi cargo, pero no puedo resistirlo más. Si me quedo aquí, sé que antes de que anochezca, me habrán metido en un ataúd.

—Es increíble, ¿cómo han llegado a este estado de cosas?

—Éste es un pueblo minero, señorita.

—Hay muchos pueblos mineros en los que impera la ley…

—Sí, es posible. Pero casi todos han empezado lo mismo que Silver Mountain. Por si no lo sabe, debo recordarle que hace ocho meses aquí no había una sola persona. Todo ocurrió el día en que un hombre encontró plata. Se corrió la voz y entonces empezó a llegar gente… Cada día siguen llegando. Pero da la casualidad de que es la peor gentuza desde el Mississippi hasta las Montañas Rocosas.

—Señor Danton, ¿no tiene usted ningún ayudante?

Danton se levantó y tomó otro cartel de la mesa.

Karen leyó su contenido que decía así:

«Se necesitan dos ayudantes. Buen trato y estupenda paga. Veinticinco centavos por detenido. Ocasión única».

Debajo de las dos últimas palabras habían agregado:

«Para ir al cementerio».

—Pero en esta ciudad debe haber un alcalde.

—Sí, un alcalde que fue quien me dio el puesto y también un juez que me alargó una biblia para que hiciese mi juramento… Pero el alcalde y el juez se ven impotentes para contener a esta chusma.

—¿Y qué van a hacer?

—No es cuenta mía. Yo me largo. Y le voy a dar un consejo, señorita. No sé para qué vino aquí, pero será mejor que se marche cuanto antes.

—Ése es el consejo que me dieron ahí fuera.

—Yo se lo repito y, si tiene un gramo de sentido común, eche a correr antes de que Farley Kerr u otro tipo de su especie, la atrape por su cuenta.

Karen dio una patada en el suelo.

—¡No me voy a ir de Silver Mountain, señor Danton! Vine buscando a un hombre que me citó aquí. Quizá lo conozca.

—¿Quién es?

—Mi prometido. Se llama Gregory Wellman.

—No, no lo conozco. Ya le he dicho que yo también soy nuevo… Eso ya debió comprenderlo. Si hubiese sabido lo que es esta ciudad, jamás habría aceptado el cargo de *marshall*. Pero deje que le diga una cosa, señorita Marsh… Si su prometido la hizo venir a Silver Mountain, es que está loco.

—No, él no me hizo venir. Quiero decir que no me espera…

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Vine por mi propia voluntad.

—¿Dónde estaba usted cuando decidió venir?

—En Kansas City.

Danton cerró los ojos y los volvió a abrir.

—¿Ha hecho el viaje desde Kansas aquí sin ninguna compañía?

—Así es, señor Danton.

—Es usted muy atrevida, señorita Marsh.

—Oiga, señor Danton, ¿quién es el cabecilla en este pueblo?

—Hay unos cuantos.

—Pero habrá alguien más importante que otros.

—Hasta ahora están luchando entre tres o cuatro por el poder. Cada uno de esos fulanos aspira a ser el mandamás. Es de lo único que me he podido enterar. Están William Ferguson, Peter Quayle y Vincent Rutting. Uno de ellos será el amo… Ahora se contentan con hacerse la zancadilla uno al otro. Los hombres de Ferguson matan a los de Quayle y Ferguson, etc… Hay días en que, según me han dicho, se celebran hasta media docena de entierros… ¿Sabe cómo se llama la calle Mayor? La volvieron a bautizar. La llaman la calle de la Violencia.

En aquel momento se oyó un tiroteo. Fue como un estruendo.

Luego, se oyeron estampidos aislados.

Se abrió la puerta y el viejo que Karen había conocido en la calle, dijo:

—*Marshall*, hay trabajo para usted.

—No, gracias, Harris. Yo paso.

—Se ha originado un tiroteo ante la casa de apartamentos de Charlotte. Hay por lo menos cuatro muertos.

—Por mí, ya los pueden enterrar —cabeceó Danton.

A continuación, se quitó la insignia y la arrojó sobre la mesa.

Arthur Harris pestañeó.

—¿Es que se va?

—Claro que me voy, señor Harris. Sólo recogí unos cuantos papeles que me pertenecen y ya tengo hecha la maleta —señaló la que estaba a sus pies.

El *marshall* atrapó la maleta y se tocó el ala del sombrero.

—Buena suerte, señorita Marsh. Pero, si yo estuviese en su lugar, no me quedaría un minuto más en Silver Mountain… Siga mi consejo. Yo me largo porque quiero seguir viviendo…

De pronto, se abrió la puerta y aparecieron dos hombres. Tenían

el revólver en la mano.

Sin detenerse a decir una sola palabra, se pusieron a disparar sobre Chuck Danton.

El hombre que no quería ser *marshall*, recibió el alud de plomo y salió brutalmente despedido contra la pared del otro lado.

Karen lanzó un chillido mientras Arthur Harris retrocedía asustado.

Los dos hombres que estaban asesinando a Danton terminaron de disparar.

Uno de ellos tenía los ojos saltones como los de un loco y el otro era gordinflón, con mofletes.

El de los ojos saltones sonrió y dijo:

—¿Quién le metería a este estúpido la idea de ser el *marshall*?

—Hay gente para todo. Bill —contestó el gordinflón.

Luego, los dos hombres dieron la vuelta y salieron de la oficina.

Karen sintió que las piernas le fallaban. Alargó la mano y logró apoyarse en la mesa.

Miró a Chuck Danton, que estaba tendido en medio de un charco de sangre.

Aquél era el hombre que había querido seguir viviendo y que, por ello, renunció a ser *marshall*.

—Señorita —oyó hablar a Arthur Harris con voz queda—. Márchese…

La joven respiró profundamente.

—No, señor Harris, no me voy a marchar… Vine a Silver Mountain en busca de un hombre, y aquí me quedaré hasta que lo encuentre.

Luego, con paso decidido, salió a la calle de la Violencia.

CAPÍTULO II

Karen subió al pescante de su carro.

Algunos hombres se detuvieron en la acera para observarla.

Vio sus ojos llenos de codicia.

Necesitaban un buen baño y un afeitado.

—Eh, cariño —dijo uno de los tipos—. Te invito al restaurante de Maggie.

Karen ni siquiera contestó. Movió las bridas y los dos caballos se pusieron en marcha.

En aquel momento, uno de los hombres saltó de la acera y pretendió detener el vehículo.

Karen le golpeó en la cara.

El individuo lanzó un aullido y retrocedió tambaleante.

Algunos de los testigos se echaron a reír.

—Eh. Ken —gritó uno—. Esa chica no es para ti…

Karen animó a los caballos.

Vio un cartel en la próxima esquina en el que se leía:

«Al establo de Noel».

Karen metió el carro por el callejón.

El establo estaba al fondo.

Dos viejos hablaban en la entrada.

—¿Tienen sitio para nosotros? —preguntó Karen.

Los dos viejos interrumpieron la conversación.

—¿Viene usted sola?

—Sí.

—¿Dónde dejó a su marido?

—No hay marido, y no me pregunte por otro pariente porque tampoco lo hay.

—Vaya al fondo, a la izquierda.

Karen llevó el vehículo adonde le habían dicho, sacó una maleta y saltó del pescante.

—Yo soy Noel —dijo el viejo que había hablado con ella.

—¿Se ocupará de los caballos y de darles un buen forraje?

—Seguro, si es que tiene dinero para pagarlo.

—Ya veo que no se fía.

—Disculpe, señorita, pero en Silver Mountain hay que andar listo para que no le tomen a uno el pelo. Aquí se han dado cita los tipos más vivos del país, y le aseguro que las mujeres no se quedan atrás.

—¿Cuánto me va a costar?

Noel se tironeó del lóbulo de la oreja.

—Un dólar por caballo y por día…

—Eso es carísimo.

—Vaya a cualquier otro establo de la ciudad y le costará un dólar cincuenta. Yo le cobro menos porque me hago cargo de que está sola.

—Está bien, pero trate bien a mis dos caballos. Hicieron un largo viaje y se merecen lo mejor.

—No tiene que preocuparse.

Karen se dio media vuelta y de sus enaguas extrajo una bolsa de la que sacó dos dólares.

—Le pagaré un día.

—De acuerdo.

—¿Ha oído hablar de Gregory Wellman?

—¿Gregory Wellman? No, no he oído nunca ese nombre.

—¿Dónde cree que me pueden dar noticias de él?

—La verdad es que no lo sé. Ésta es una ciudad loca, con establecimientos locos y con tipos más locos aún. Todos los días llega un centenar de nuevos ciudadanos. Tendrá que ir preguntando por ahí para saber de su Gregory Wellman.

—¿Qué hotel me aconseja?

—Ninguno. Bueno, quiero decir que en todas partes hay gentuza. Pero, naturalmente, usted quiere dormir en una cama.

—Sí, tengo esa costumbre, excepto cuando viajo.

—Entonces, vaya al hotel de Miriam Albertson. Es una mujer como usted. Pero no crea que se lo recomiendo por eso. Miriam es tan peligrosa como una serpiente de cascabel.

—Eh, oiga, ¿es que en esta ciudad no hay nadie con un corazón de oro?

—Si hubiese alguien, ya se lo habrían arrancado para venderlo a peso.

En aquel momento aparecieron tres hombres en la puerta.

Karen reconoció a uno de ellos. Llevaba marcada la cara. Había sido ella misma quien le había hecho aquella señal.

De las rayas rojas había manado un poco de sangre.

—Hola, muñeca. Ya nos volvemos a ver…

La joven se había quedado sin habla.

Los tres hombres echaron a andar.

Noel estaba por los sesenta años y tenía ojos pequeños y brazos demasiado largos para su estatura.

—Eh, ustedes, ¿qué quieren?

—Apártese, abuelo —dijo el hombre al que había golpeado Karen en la cara.

—Esa chica y yo tenemos un asunto pendiente.

—¿De qué se trata?

—No es cuestión suya.

—¿Quién es usted?

—Le diré mi nombre y luego se irá a beber un trago de *whisky* a mi salud. Soy Kenneth Arlen y aquí tiene los veinticinco centavos del trago.

—Disculpe, pero no puedo abandonar mi negocio.

—¿Quién dice que no? Si sólo será por media hora, hombre. ¿Se va o necesita que lo echemos de aquí a patadas?

Noel miró a la joven que estaba inmóvil, muy seria.

—Lo siento, yo… tengo que irme…

Kenneth Arlen le tiró una moneda de veinticinco centavos. Noel la cogió al aire y echó a andar muy aprisa hacia la puerta del establo.

Karen tragó saliva.

—Yo también me tengo que marchar.

—Tú, no, preciosa —dijo Arlen—. Tú te quedas…

—Ya tiene bastante compañía con sus dos amigos —respondió la

joven y empezó a caminar.

Arlen dio un salto y se puso delante de Karen.

Para ese entonces, Noel ya había desaparecido.

Kenneth Arlen se señaló la cara donde tenía el surco rojo.

—Quiero que me des unos cuantos besitos aquí… Seguro que es la mejor medicina… Échame los brazos al cuello y demuestra a mis compañeros lo mucho que me quieres…

—Déjeme en paz…

—¿Es que no vas a hacer lo que te pido?

—No, no lo voy a hacer…

Los dos amigos de Kenneth escuchaban atentos, sonriendo, los pulgares metidos en el cinturón. Aquella escena resultaba muy divertida para ellos.

Kenneth Arlen dio un suspiro.

—Está bien, nena… Vamos hacia el fondo… Mis amigos esperarán aquí… Ellos son comprensivos y saben que me muero por ti…

—Usted debe estar loco.

—Sí, lo estoy por ti…

—No, señor Arlen, usted ya estaba loco antes de que me viese hace unos minutos en la calle…

—Basta ya de charla. Métete adentro.

—Déjeme el paso libre…

—Muy bien, si no quieres que lo hagamos en la intimidad, será delante de mis amigos. Después de todo, ellos te lo van a agradecer mucho.

—Pero ¿qué clase de bestia salvaje es usted?

—Ahora lo vas a ver.

Arlen se abalanzó sobre la joven, la cual dio un chillido mientras soltaba un zarpazo para quitárselo de encima.

Las uñas de Karen rasgaron la mejilla sana de Arlen, quien lanzó un rugido.

—¡Maldita gata, te voy a arreglar a ti!

La joven trató de sacar el revólver. Pero estaba demasiado furiosa, y eso fue una desventaja para su rapidez.

Arlen le pegó un puñetazo en el hombro.

Karen se derrumbó en el suelo y perdió el revólver.

Se puso a gatas y se arrojó sobre el «Colt».

Arlen estaba más cerca y pegó un puntapié al revólver enviándolo lejos.

La joven retrocedió a gatas hacia la pared.

Kenneth Arlen se echó a reír.

—¿Qué vas a sacar ahora, nena? ¿Un cuchillo? ¿O piensas clavarme los dientes? Eso me gustaría mucho más. Anda, inténtalo, clávame los dientes. Pero, por favor, hazlo con mucha pasión.

—Oiga, señor Arlen, yo no le hice nada.

—Me señalaste con las bridas.

—Fue culpa suya cuando quiso detener mi carro.

—Pequeña, eso pertenece al pasado. Ahora vivimos el presente y estamos los dos aquí. Soy un tipo generoso y voy a pagarte con mucho amor lo que me hiciste en la cara…

—No es una herida de importancia. Sanará en un par de días y no le dejará huella.

—Es posible, pero eso a mí ya no me importa…

La joven se levantó y echó a correr hacia el interior del establo.

Pensó que quizá habría otra salida. Pero llegó al final sin que encontrase ninguna puerta.

Arriba, muy alto, había un ventanuco, pero hubiese necesitado una escalera de dos metros para llegar a él.

Oyó una risita y volvió la cabeza.

Allí estaba otra vez Kenneth Arlen, a quien seguían los dos compinches.

Los tres sonreían satisfechos por el giro que había tomado el espectáculo.

—Déjeme salir de aquí, señor Arlen —gritó Karen.

—Claro que vas a salir, pequeña —respondió Kenneth Arlen—. Pero me tendrás que hacer los honores… ¿No se dice así?

Uno de los compinches intervino:

—Eh, Kenneth, ¿quieres que te echemos una mano?

—Por ahora no os necesito.

—Joe y yo estamos dispuestos a sacrificarnos un poco…

El llamado Joe soltó una risa estridente que puso a Karen la carne de gallina.

Ignoraba cómo iba a salir del atolladero y trató de ser persuasiva.

—Oigan, ustedes son tres hombres y yo una mujer.

—Qué gran descubrimiento —dijo Kenneth con sarcasmo—. ¿Lo oís, muchachos? Ella es una mujer.

—Y qué mujer, demonios —repuso Joe.

Kenneth Arlen se arrojó sobre Karen.

Ella trató de pegarle otra vez, pero ahora Kenneth estaba sobreaviso y la atrapó por las muñecas.

Karen le pegó un puntapié.

—¡Maldita, estate quieta! ¡Joe. Bill, cogedla por los remos!

Los dos amigos estallan esperando aquello para actuar.

Riendo, atraparon a Karen por las piernas.

Entre los tres la dejaron en el suelo.

Karen chillaba, forcejeando, dando dentelladas.

Pero ahora de nada le servía porque los tres hombres se movían rápidos para librarse de sus clientes.

—Perdonen —dijo una voz—. ¿Es aquí la porqueriza?

CAPÍTULO III

Kenneth miró al hombre que había hablado.

Era un joven de veintiocho años, moreno, alto, de piel bronceada.

—Si trae cerdos para vender, diríjase a la carnicería que hay al final de la calle. Allí se los comprarán.

—Muy bien. Vamos —contestó el desconocido.

—¿Qué es lo que intenta insinuar?

—Es la mar de sencillo. Ustedes son los tres puercos que yo voy a vender en ésa carnicería.

Kenneth, Joe y Bill dejaron libre a Karen, la cual se apartó rápida de ellos.

Los tres se enderezaron con las cejas enarcadas, la boca abierta, mirando con perplejidad al hombre que tenían delante.

—Eh, amigo, ¿quién es usted?

—Red Forman.

—Está bien. Forman… Dé gracias al cielo que su broma nos pilló con un trabajo por delante. No nos podemos ocupar de usted. Es lo que le libra de tragarse un par de balas. Pero le voy a dar una orden… Aproveche la próxima media hora para marcharse de Silver Mountain. Si mis amigos o yo lo vemos por la calle, le juro que lo destinaremos a un sitio peor que la carecería, un ataúd de pino.

Red Forman dio un suspiro y se apoyó ligeramente en la pierna derecha.

Vestía traje oscuro, camisa blanca y corbata de lazo.

—Oiga, yo le dije mi nombre, ¿por qué no me dice el suyo?

—Kenneth Arlen.

—Está bien, señor Arlen. Yo también les voy a dar a ustedes una orden.

—No me diga.

—Ustedes me concedieron media hora para salir del pueblo, y yo les voy a conceder tres minutos… Si pasado ese tiempo, los sigo teniendo delante, el empresario de pompas fúnebres va a tener trabajo extra.

Kenneth Arlen entornó los ojos.

—Oiga, usted está chiflado.

—O quizá está borracho. Sí, tiene que estar loco o borracho para que se atreva a hablar así…

—Ni una cosa ni otra.

—Entonces, va a ser mucho peor para usted.

Así diciendo. Kenneth Arlen tiró del revólver.

Joe y Bill lo secundaron.

Red Forman desenfundó el «Colt» y se puso a soltar plomo.

Kenneth Arlen recibió una posta en la boca.

Tuvo bastante para caer.

Bill sintió que le atravesaban el esternón y lanzó un prolongado aullido.

Joe vio cómo su revólver volaba de la mano pero él no había recibido ninguna herida.

Todo había ocurrido en fracciones de segundo.

Joe miró a sus dos compañeros que estaban despatarrados, muertos, y alzó los ojos muy sorprendido.

—Muchacho —dijo Red Forman—, te he dejado vivo para que des sepultura a tus compañeros.

—Sí, señor.

—Pero quiero que te olvides de la señorita y de mí.

—Desde luego, señor Forman.

—Si tienes sesos en la cabeza, esto te servirá de lección.

—Le juro que me ha servido, señor Forman…

—Señorita, ¿quiere salir a tomar un poco de aire?

Karen Marsh no había recuperado todavía el color. Echó a andar, tropezó y fue a caer, pero Red Forman la atrapó por el brazo.

—Cuidado.

Los dos salieron del establo.

Cuando estuvieron bajo el cielo azul, la joven dijo:

—Esto ha sido una pesadilla, señor Forman.

—Ya lo supongo.

—Llegó usted muy a tiempo.

—Lo celebro.

—¿Vive aquí, señor Forman?

—No. Llegué hace unas horas. Dejé mi caballo en el establo de Noel y me disponía a dar una vuelta por los alrededores… Todavía no conozco su nombre.

—Karen Marsh.

—¿Está sola en esta ciudad?

—Sí. Vine en busca del hombre que tiene que ser mi marido… Se llama Gregory Wellman. Imagino que no lo conoce.

—No. ¿Acaso no tiene usted la dirección?

—No, no la tengo.

—De modo que vino aquí sin que él lo supiese…

—Así es.

—Quizá quiso darle una sorpresa.

—Peor que eso. Gregory me escribió a Kansas City diciéndome que no viniese. Yo tenía que esperarlo allí. Prometió que vendría a por mí dentro de cuatro meses.

—Y usted no tuvo paciencia para esperarlo.

—No, no la tuve.

—Eso significa que usted quiere mucho a Gregory Wellman.

—Es lógico que lo quiera, si voy a ser su esposa.

—Oh, sí, desde luego.

—Pero el caso es que hasta ahora nadie me pudo dar noticias de mi prometido.

—Quizá no preguntó en el sitio adecuado.

—Claro que sí. Pregunté hasta al *marshall*.

—Hace un rato me informaron que el *marshall* fue asesinado.

—A mí no hizo falta que me lo dijesen. Yo estaba presente cuando los criminales dispararon contra él en la propia comisaría.

—¿Usted fue testigo de ese acto criminal?

—Sí.

—¿Quiere contarme la escena?

Karen le hizo un relato de la aventura que había protagonizado en la oficina del *marshall*.

Red Forman escuchó en silencio.

Cuando ella hubo terminado, sacudió la cabeza.

—Debería aceptar los buenos consejos que le dieron para que

abandonase esta ciudad, Karen.

—No haré tal cosa. Mi prometido está en Silver Mountain.

—Disculpe, pero hasta ahora no sabe si está aquí…

—¿Qué quiere decir?

—¿Cuándo recibió la última carta de Gregory Wellman?

—Hace un mes.

—¿Sabe cuánta gente ha muerto en un mes en Silver Mountain?

—Lo ignoro.

—Han muerto setenta y tres personas y un centenar fueron heridos.

—Comprendo lo que quiere decir. Insinúa que Gregory Wellman puede ser uno de los muertos.

—Es posible.

—Usted se las pinta sólo para dar malas noticias.

—No es mi intención herirla innecesariamente, Karen. Pero usted ha hablado con algunas personas y nadie ha sabido darle razón de Gregory Wellman.

La joven arrugó el ceño.

—Usted me está proponiendo que vaya al cementerio.

—Es un camino para encontrar a Gregory.

—No puedo creer que esté muerto.

—¿A qué se dedicaba Gregory?

—No me dijo la clase de negocio que tenía… Pero supongo que sería un minero.

—Hay más de cinco mil hombres que buscan la plata en las colinas de Silver Mountain… También podía ser uno de ellos. Quizá Gregory Wellman es un hombre que gusta de permanecer en el anonimato.

—No, no creo que Gregory Wellman piense eso.

—¿Por qué no?

—Gregory es un hombre lleno de vida, jovial. Tiene una gran facilidad para hacerse con amigos. Eso es lo que me extraña, que no haya encontrado todavía a nadie que lo conozca. Era lógico que el *marshall* no supiese nada de Gregory Wellman porque él mismo confesó que había llegado ayer. Pero, pregunté a Noel, el del establo, y tampoco ha oído hablar de mi prometido.

—¿Qué hará entonces?

—Seguiré buscando. Me disponía a alojarme en el hotel de

Miriam Albertson. Fue el que Noel me recomendó.

—Está bien. La acompañaré.

—No, por favor. Prefiero ir sola.

—Entiendo. Gregory Wellman debe ser celoso.

—Sí lo es y mucho.

—Entonces, será mejor que la deje.

—Procuraré arreglármelas yo misma. Debo aprender a manejarme yo sola en esta ciudad.

—Tenga cuidado.

—A partir de ahora, procuraré no dejarme sorprender.

—Buena suerte —dijo Red Forman.

—Gracias por todo lo que hizo por mí.

—No tuvo importancia.

La joven le dirigió una sonrisa y, portando su valija, se encaminó a la calle Mayor.

Poco después, entró en el hotel de Miriam Albertson.

En el registro vio a una pelirroja, de mejillas ligeramente hundidas, y de ojos grandes, rasgados.

—¿Es usted Miriam?

—Sí.

—Soy Karen Marsh y quiero una habitación.

—¿Viene sola?

—Sí.

—Tengo una libre. Pero quiero hacerle una advertencia. Nada de hombres en la habitación.

La joven empezó a enrojecer las mejillas.

—No soy lo que usted cree.

—¿De veras? —dijo Miriam con desparpajo—. No me diga que vino a Silver Mountain a tocar el arpa.

Karen estaba muy furiosa por lo que le estaba pasando en Silver Mountain.

Hasta ahora sólo se había encontrado con indeseables. Se libraban muy pocos de ese calificativo y, entre esos pocos, estaba Red Forman.

—No, señora Albertson, no vengo a tocar el arpa.

—Lo celebro. Y por favor, no me llame señora. Soy señorita. Imagino que usted también lo es.

—No debe tener ninguna duda de ello.

—Son dos dólares por habitación.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por día.

—Pero eso es un robo.

—Oiga, señorita Marsh, es usted larga de lengua… Si no le interesa la habitación, otros huéspedes se pelearán por ella, y puede que hasta saque más dinero.

—Está bien, pagaré los dos dólares.

La joven abonó el alquiler de un día y recibió a cambio la llave de la habitación número 15.

—Señorita Albertson, he venido a Silver Mountain en busca de un hombre.

Miriam Albertson se echó a reír.

—Eso lo hacemos todas. Siempre que nos dirigimos a alguna parte, vamos en busca de un hombre.

Karen se llenó de paciencia.

—Se trata de mi prometido, señorita Albertson. Su nombre es Gregory Wellman. Seguro que ha oído hablar de él.

Miriam quedó pensativa unos instantes.

—¿Gregory Wellman? No, no conozco a ese tipo.

—¿Cuánto tiempo lleva en Silver Mountain, señorita Albertson?

—Seis meses.

—Eso quiere decir que fue de las primeras en llegar.

—Bueno, la verdad es que hace seis meses ya había medio millar de mineros enloquecidos por esas colinas. Pero quedan muy pocos de ellos. Se han ido matando entre sí. En ese sentido, puedo asegurarle que he sido de los primeros.

—Y nunca ha oído hablar de Gregory Wellman.

—No. Ya se lo he dicho.

Karen pensó en la posibilidad de que Gregory Wellman hubiese sido muerto. Se lo había sugerido Red Forman.

—Señorita Albertson, ¿dónde está el cementerio?

—Al sur del pueblo.

—Gracias.

Subió a su habitación y se dedicó a asearse.

Cambióse de vestido y finalmente abandonó su cuarto.

Cuando salió a la calle, vio que en la oficina del *marshall* se aglomeraba la gente. Un hombre enlevitado estaba poniendo un

nuevo cartel en la puerta.

Esta vez solo se decía:

«Se necesita *marshall*».

Un hombre se echó a reír.

—Eh, juez Strong, debe poner algo interesante en el precio. Por ejemplo, que se incluye un par de rubias para la cena.

Aquellas palabras fueron coreadas con grandes risas.

El juez Strong era un hombre pequeñajo de unos cincuenta años, de nariz aguileña.

Se volvió hacia el grupo muy serio y, levantando los brazos, dijo:

—El nuevo *marshall* no tendrá dos rubias, pero contará con la admiración de los ciudadanos honrados.

—Oh, sí, juez —repuso el tipo de antes—. Al nuevo *marshall* no le faltará una corona de flores, una hora después de haber jurado su cargo.

Oyéronse más risas.

Karen se abrió paso entre los curiosos y se detuvo ante el juez.

—Juez Strong, soy Karen Marsh… Estoy en Silver Mountain para encontrar a un hombre que se llama Gregory Wellman. Hasta ahora nadie me pudo dar noticias de su paradero y he pensado que quizá tuviese más suerte con usted.

El juez Strong cerró un ojo, pensativo.

—¿Wellman…? No, no conozco a ningún Wellman en Silver Mountain.

—Pero es absurdo. El me escribió desde aquí.

—¿Qué dirección le dio?

—Ninguna.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Un mes.

El juez Strong dio un suspiro.

—Oiga, señorita Marsh, en un mes han pasado muchas cosas en Silver Mountain.

—¿Me lo va a decir usted a mí? En una hora he corrido más aventuras que en toda mi vida. Pero yo creí que Gregory Wellman estaría aquí.

—Quizá él se cansó y se marchó del pueblo.

Karen tragó saliva.

—¿Y si hubiese muerto?

—También ha podido ocurrir.

—¿Cómo lo puedo saber?

—Vaya al cementerio. Encontrará allí al viejo Al McKenny. Es el cuidador de aquella colina. Tiene buena memoria y se preocupa de arreglar las sepulturas de los que entierra. Todos tienen su cruz con su nombre. Al McKenny le dirá si Gregory Wellman es uno de sus huéspedes… Oh, perdone.

—Gracias, juez —dijo Karen y se encaminó hacia el cementerio de Silver Mountain.

Capítulo IV

Karen se quedó asombrada cuando vio el cementerio de la colina.

Allí habían muchas más cruces de lo que cabía imaginar para un pueblo como Silver Mountain.

Un viejo estaba sentado en una piedra. Masticaba tabaco.

—Buenos días…

—¿Qué tal, señorita?

—¿Es usted Al McKenny?

—El mismo que se comerán algún día los gusanos.

—Quería preguntarle por Gregory Wellman… Según parece, debe de estar aquí.

McKenny soltó un salivazo de jugo de tabaco hacia una lagartija que se había detenido al pie de una tumba.

Acertó, y la lagartija rodó panza arriba. Luego, el reptil echó a correr y desapareció por una grieta.

—Debería decir que lo siento, señorita Marsh, porque ese Gregory Wellman no está aquí. Pero usted debe sentirse satisfecha por ello, ¿no es así?

—Desde luego —repuso la joven dando un suspiro.

Había empezado a temer que Gregory estuviese muerto.

—No, no hay ningún Gregory Wellman —repitió el sepulturero.

—¿Tampoco ha oído hablar de él?

—No, señorita, aunque eso no es raro. Tengo mi casa a la entrada, y no me gusta ir a la ciudad. La verdad es que nunca me dejan tiempo para ir. Mire usted… Ahí vienen ya con otro. Debe ser el *marshall* porque presiden el juez y el alcalde. ¿Sabe cuántos representantes de la ley tenemos en esta colina? Doce, señorita Marsh. Así, como se lo digo, doce.

—Gracias por su información.

—Si quiere puede quedarse. Es un entierro de categoría. Soltarán una buena plática.

—No, gracias.

—Usted se lo pierde.

Karen sacó una moneda de cincuenta centavos y la alargó al viejo.

—Oh, no, señorita, guárdese el dinero. Sólo hice que cumplir con mi deber.

Karen le sonrió y echó a andar colina abajo.

Se cruzó con un carromato en el que viajaban un ataúd con asas doradas.

Detrás caminaban un grupo de personas a cuyo frente estaba el juez Strong y otro tipo enlevitado que debía de ser el alcalde, un hombre gordo, de cara impersonal.

Karen siguió su camino y poco después entraba otra vez en la calle de la Violencia.

¿Qué hacía? ¿Adónde se dirigía?

—Hola, señorita Marsh —oyó una voz.

Era Red Forman.

La joven se sintió aliviada al ver aquella cara que le sonreía.

—Ya fui al cementerio, señor Forman, y Gregory Wellman no está allí.

—Lo celebro.

—También hablé con el juez Strong. El tampoco conoce a Wellman.

—Quizá su prometido ya no esté en el pueblo.

—Oh, no diga eso. Sería mi ruina.

—¿Ha almorzado?

—No.

—Venga conmigo, la invito.

Red Forman la tomó por el brazo y ella se dejó conducir.

Entraron en un restaurante chino.

Allí, como en todas partes, reinaba un gran alboroto.

Un tipo borracho había sentado a su mesa a cinco mujeres.

Bastaba verlas para saber que eran *girls.*

El tipo gritaba con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Eh chicas, os invita Dennis Mann…! ¡Y cuando Dennis Mann invita, todas se ponen las botas…! ¡Tengo plata para cubriros hasta

el cuello! ¡Sí, queridas niñas, el gran Dennis Mann es un hombre rico!

Las *girls* se le echaron encima, sentándose dos en sus rodillas, y las dos a la vez se pusieron a besarlo.

—Dios mío —dijo liaren Marsh—. A ese hombre lo van a desplumar.

—Serán tontas si no lo hacen Parece ser que eso es lo que él quiere.

Tomaron posesión de una mesa del fondo y encargaron el servicio a un empleado chino.

—¿Se alojó en el hotel de Miriam Albertson? —inquirió Red.

—Sí.

—Entonces, se habrá quedado sin dinero.

—Me queda una moneda.

—¿De cuánto?

—De cincuenta centavos. No la quiso el cuidador del cementerio.

—En resumen, que está anclada en Silver Mountain.

—Así es.

—¿Y qué va a hacer?

—Sólo me queda una solución. Encontrar a Gregory.

—Tal como están las cosas, lo podría encontrar dentro de diez o quince años.

—No diga usted eso, señor Forman. Ya estoy bastante desmoralizada.

—Perdone.

—Además, sé hacer bastantes cosas. Podré ganarme la vida.

—¿Qué sabe hacer?

—Coso bastante bien… Puedo ir a las casas y alquilarme por horas.

—No está mal. Pero no me gusta.

—¿Por qué no?

—Porque tendrá que ir de una casa a otra y, en el camino, se encontrará con muchos hombres.

La joven asintió.

—Sí, eso es cierto. Y parece que a los hombres de aquí les mezclan dinamita con el alimento.

—Tarde o temprano, usted se encontraría en un apuro.

—No puedo elegir. Red. ¿O es que me va a proponer usted que sea como esas muchachas que tratan de limpiar al gran Dennis Mann?

Red se echó a reír.

—No me la imagino a usted como *girl.*

—¿Por qué no? ¿Acaso no soy tan atractiva como ellas?

—Todo lo contrario. Usted es más seductora que ellas.

Karen sintió sobre sí los ojos de Forman y se dijo que había sido una tonta al provocar aquella respuesta de él.

En aquel momento llegó el empleado chino con el primer plato. Un *bistec* con patatas fritas.

Los dos se pusieron a comer en silencio.

Karen devoró el *bistec.*

—¿Quiere repetir, Karen? —preguntó Red.

—Oh, no.

—Vamos, no sea chiquilla. Está hambrienta.

—¿Puedo serle sincera, Red?

—Claro.

—Estoy muerta de hambre.

Red chascó los dedos para llamar al empleado y pidió otro *bistec* para la joven.

También lo comió con mucho apetito.

—¿Quiere más? —preguntó Forman.

—¿No querrá usted que me coma la vaca entera?

—No, la verdad es que no. Podría aumentar excesivamente de peso. Usted tiene las medidas justas.

La joven lo miró con los ojos entornados.

Empezaba a sospechar algo.

¿Y si Red Forman la había invitado para conquistarla?

Claro, eso debía ser. Red Forman podía diferenciarse de los otros hombres de Silver Mountain, pero no mucho. Red Forman podía ser un hombre mucho más educado pero también él, a su manera, se dedicaba a atrapar a las mujeres.

Naturalmente, Red la invitaría a que fuese a su habitación.

Seguro que de un momento a otro se lo pediría.

—Señor Forman, ¿a qué se dedica usted?

—A negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—A lo que sale.

Karen pensó que quizá Red Forman se dedicaba a proveer de mujeres a los *saloons* y lupanares de Silver Mountain.

¿Por qué pensaba en eso?

Bueno, era culpa de Red Forman. Poseía una gran personalidad aquel hombre y parecía muy seguro de sí mismo.

Como postre, pidieron una ración de tarta de manzana.

Karen comió una doble ración porque Red se preocupó de pedirla para ella.

Después del café, Red encendió un cigarrillo y dijo:

—¿Ha comido bien?

Karen se tocó la cintura.

—Creo que me va a estallar el corsé.

—Entonces, será mejor que se vaya al hotel.

Ya había saltado la liebre. Estaba claro.

—La acompañaré —dijo él.

Estuvo tentada de preguntarle hasta dónde la acompañaría. Pero era una pregunta muy simple. Él había decidido ya entrar en su cuarto.

Pero recordó lo que le había dicho Miriam Albertson.

La pelirroja no dejaría que ella entrase a un hombre en su habitación.

No hacía falta que ella se opusiese.

Miriam Albertson se encargaría de pararle los pies.

Salieron del restaurante y, poco después, entraban en el hotel de Miriam.

Karen sintió un escalofrío por la espalda porque en el registro no estaba la pelirroja, sino un hombre de unos cincuenta y cinco años que parecía adormilado.

—Mi llave. Es la 15 —dijo Karen.

El hombre dio un respingo y atrapó la llave:

—Aquí la tiene, señorita.

La joven se quedó quieta, con la llave en la mano.

Red Forman estaba a su lado y ella esperaba que el empleado le dijese que no podían subir hombres.

Pero el empleado no dijo nada.

La joven carraspeó.

—¿No está la señorita Albertson?

—No. Se fue a la modista.

—¿Volverá pronto?

—No lo sé.

—Quería hablar con ella sobre las normas de este hotel. Ya sabe, esa que dice que no pueden entrar los hombres en las habitaciones de las señoritas.

—Bueno, no se preocupe… Ahora no está ella. Y yo no soy tan quisquilloso como la señorita Albertson. Puede entrar con su hombre si quiere, pero, por favor, no hagan ruido.

Karen sintió que se le aflojaban las piernas.

Había sido mucho peor que abordase el problema.

Observó a Red y lo vio serio mirando hacia la pared de enfrente, un cuadro donde aparecía una ninfa perseguida por faunos.

A la joven se le ocurrió bostezar.

—Qué sueño tengo. Claro, he comido tanto… Dios mío, no sé cómo voy a llegar a la cama.

—Quizá si la llevo en brazos… —dijo Red.

—Oh, no. Puedo subir por mi propio pie.

—Está bien, vamos.

Los ojos de Karen chispearon.

Red Forman era otro aprovechado. Sólo que, en lugar de ser un lobo como los demás, que aullaba cuando veía a una mujer, él, Red, se cubría con una piel de cordero.

Se encaminaron hacia la escalera.

Al llegar al pie, Karen se volvió.

—Señor Forman, usted tendrá que hacer…

—Nada.

—¿No dejó ningún asunto pendiente?

—Hasta dentro de unas horas no he de volver al hotel.

—¿Cuál es?

—El Fénix.

—¿Tiene que verse con alguien?

—Sí.

—Quizá esa persona se adelantó.

—No, no lo creo.

Karen se mordió el labio inferior.

No sabía cómo quitarse de encima a Red Forman. En cuanto llegasen al cuarto, Red Forman se quitaría la piel de cordero, la

besaría, la abrazaría.

Red le tomó una mano y dijo:

—Si me necesita, estaré en el hotel Fénix. Duerma un rato. Creo que lo necesita… Hasta luego, Karen.

La joven no pudo articular palabra para responder.

Red Forman se tocó el ala del sombrero y, con una sonrisa, salió del hotel.

Karen siguió allí al pie de la escalera, como si la hubiesen clavado a la madera.

Finalmente, dio media vuelta y subió.

Se había equivocado desde el principio al fin.

Red Forman no era como los demás, sino todo un caballero.

Y ahora apostó consigo misma a que él se había divertido mucho con aquella comedia que había representado ante el empleado sustituto de Miriam Albertson.

Se encontró pequeña, ridícula y gimió para sus adentros.

Metió la llave en la cerradura de la puerta número 15 y abrió.

Pasó al interior y, de pronto, una mano le cubrió la boca.

Karen quiso lanzar un chillido, pero aquella mano la apretó con fuerza.

Vio una cara ante la suya.

Era un tipo de ojos almendrados, barba crecida, nariz chata…

—A callar, nena.

La dejó libre.

Karen le pegó una patada en la espinilla y el tipo lanzó un chillido mientras la dejaba libre.

Karen abrió la puerta y en el hueco vio otro hombre cuya cara parecía la de un cerdo.

Retrocedió asustada.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen en mi habitación?

El hombre de ojos almendrados y nariz chata dejó de soltar maldiciones y de frotarse la espinilla.

—Vas a venir con nosotros, monada.

—Que se cree usted eso.

—Serás una chica obediente o te la ganas.

—¿Adónde me quieren llevar?

—A un lugar que encontrarás muy simpático.

Karen estaba pensando muy aprisa.

Había oído hablar de hombres que raptaban a las mujeres. Era la forma de abastecer los lupanares.

Sabía que eso se hacía en muchas ciudades y Silver Mountain era el mismísimo infierno.

En Silver Mountain también se hacían así las cosas.

Los prostíbulos estarían llenos de mujeres que no habían aceptado aquella profesión por su propia voluntad.

La catadura de aquellos tipos indicaba a las claras la clase de negocios a que se dedicaban.

—Si no salen ahora mismo, me pondré a gritar.

—No te servirá de nada gritar —repuso Nariz Chata con una sonrisa.

El hombre del hueco entró en la habitación y cerró la puerta.

—Hot —dijo—, esta chica me gusta.

—A mí también, Harold.

La joven retrocedió hacia el fondo de la estancia.

—No he visto tantas alimañas juntas en una ciudad.

Hot se echó a reír.

—Eh, pequeña, será mejor que cierres la boca. Tenemos que llevarte a cierta casa.

Karen se sintió nuevamente llena de ira.

—¡No iré con ustedes! ¡Soy una mujer libre! ¡No pueden imponerme su voluntad!

—Oye, muñeca —dijo Hot—. Vas a estar como una princesa.

—Que elijan a otra.

—Tú fuiste la elegida… Y debes considerarte muy honrada.

Karen pensó en Red Forman.

Se arrepintió de no haberle pedido que la acompañase hasta la habitación.

Red Forman le había demostrado en el establo que sabía desembarazarse de gentuza como aquélla.

Los dos hombres se pusieron a andar al mismo tiempo hacia Karen.

Ella acabó de retroceder porque a sus espaldas estaba la pared.

—¡No me toque!

—Oye, princesa —dijo Hot—. Sé una buena chica. Si no quieres por las buenas, te llevaremos por las malas.

—No pueden llevarme a la fuerza. Tienen que cruzar por el *hall*

del hotel.

—Está la puerta trasera. Es por donde nosotros llegamos y por donde te vamos a sacar.

—Oiga, les pagaré para que me dejen en paz —dijo.

Karen, a pesar de que no tenía dinero.

—No sirve, princesa —dijo Hot—. Y ya basta…

Karen pegó un empujón a Hot y corrió hacia la puerta pero el hombre con cara de cerdo Harold, estaba en el camino y la atrapó sin dificultad. Luego, con mucha rapidez le pegó un puñetazo en la mandíbula.

Karen soltó un gemido y quedó sin conocimiento.

Cuando despertó se encontró en una habitación, tendida en un diván.

Del techo pendía una lámpara de gran precio.

Se incorporó poco a poco.

El salón estaba amueblado con mucho gusto.

Recordó que había prostíbulos caros y que estaban bien organizados. No había visto ninguno pero los imaginaba con gran mobiliario. Naturalmente, le habían destinado a una casa con clientes caros.

¿No le habían llamado princesa?

En la habitación no había nadie.

¿Y si trataba de huir?

Corrió hacia una ventana y la abrió.

Inmediatamente se sintió defraudada. Se encontraba un el primer piso de una casa. Había demasiada distancia hasta el suelo. Si saltaba desde allí, se mataría.

Entonces, oyó una voz a su espalda.

En la sala entró un hombre rubio que vestía con elegancia.

—¿Se encuentra bien, señorita Marsh?

La joven lo apuntó con el brazo extendido.

—Si no salgo de aquí dentro de quince minutos, usted será acusado de secuestro.

—Tranquilícese, señorita Marsh.

—¿Cómo quiere que me tranquilicé…? Me trajeron aquí a la fuerza, me golpearon.

El rubio sonrió mientras replicaba:

—Quizá encuentre ahora la debida compensación.

—Oh, sí, claro, ya comprendo la clase de compensación que es.

—Lo celebro.

—Uno de sus puercos empleados me dijo que estaría aquí como una princesa, y yo imagino el resto.

—¿Sí?

—Ahora me dirá que ganaré mucho dinero, que seré una mujer admirada por muchos hombres.

—No, se equivoca. Sólo va a tener un admirador.

—¿Uno nada más…? No lo creo… ¿Usted quizá…? Debe estar chiflado. Ande, diga que me vio en la calle y se enamoró de mí perdidamente, que soy la mujer de sus sueños.

—No, señorita Marsh, no le voy a decir nada de eso. Otro hombre se lo va a decir por mí.

—¿Otro hombre…? ¿Quién…?

Por detrás del rubio apareció un joven de unos veintisiete o veintiocho años, moreno, de rasgos varoniles.

Karen abrió la boca y no pronunció palabra alguna.

Aquel hombre era Gregory Wellman, su prometido.

CAPÍTULO V

El rubio salió de la habitación.

Entonces, el hombre moreno echó a andar hacia Karen.

—¡Gregory…!

Él llegó ante Karen y la estrechó entre sus brazos.

La besó en la boca.

—Querida, ¿cómo estás?

—¡Gregory! Ya había perdido la esperanza de encontrarte en Silver Mountain.

—Siempre he estado aquí.

—Pero no comprendo… Nadie te conoce…

—Aquí no me conocen con el nombre de Gregory Wellman… Para todos los ciudadanos de Silver Mountain soy William Ferguson.

Karen parpadeó.

—Pero ¿a qué se debe eso? ¿Por qué cambiaste de nombre?

—Por conveniencias.

—No lo entiendo…

—Yo te lo explicaré, querida. Antes de llegar a Silver Mountain, fui a otro sitio. Allí me enrolé en un negocio que salió mal. Fue una mala suerte, pero las autoridades se empeñaron en que yo había estafado a la gente. Era un negocio de minas, vendía acciones. Luego ocurrió una pequeña tragedia. La mina no valía nada. Invertí el dinero de los accionistas en maquinaria y en otras muchas cosas. No me aproveché ni de un centavo del capital desembolsado. Sin embargo, ellos querían colgarme. No tuve más remedio que huir… Claro, con ello no logré echar tierra al asunto. Mi cabeza fue puesta a precio… Aquella gente quería vengarse de mí, meterme en una fosa… ¿Te das cuenta?

—Sí. Gregory… Por eso quiere decir que te pueden identificar.

—No, todo eso que te cuento ocurrió en un lugar muy lejano de Silver Mountain. Además, yo he cambiado mucho.

—Sí, antes eras rubio.

—Me teñí el pelo.

—Y tenías bigote.

—Me lo afeité. Ya sabes, Gregory Wellman debía tener muy poco parecido con William Ferguson.

Wellman la volvió a besar en los labios.

—Nena, no has debido venir aquí sin avisarme.

—Tú me decías en tu carta que pasarían cuatro meses antes de que vinieses a por mí… Y luego, dejé de recibir noticias. Eso me intranquilizó. Mi situación llegó a ser insostenible en Kansas City.

—¿Qué te pasó?

—Ya sabes que estaba con un hermano de mi madre. Es un hombre casado, con dos hijos.

—Sí, ya lo sé.

La joven se mojó los labios con la lengua.

—Mi tío se enamoró de mí. Eso fue lo que él dijo.

—Ya entiendo. El muy puerco te hizo proposiciones.

—Sí, Gregory, pero, a pesar de mis negativas, quiso lograrlo a la fuerza… Entonces, no me quedó otra solución que huir. ¿Y dónde podía ir, sino contigo?

—Está bien, nena. Me hago cargo de todo.

—Gregory, hay algo que no comprendo.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué me secuestraron esos dos hombres?

—Son mis empleados. Ya me contaron lo que pasó. Les he impuesto un castigo por el modo de comportarse contigo. Esos estúpidos son un par de brutos. Yo no podía decirles que te transmitiesen un mensaje de parte de Gregory Wellman. No quiero que nadie sepa mi verdadera identidad. Ya sabes. Sería un peligro. A partir de ahora, no me llamarás Gregory Wellman. Para ti, como para los demás, soy William Ferguson.

—Sí. Gregory…, oh, perdón, quise decir William.

—Puedes llamarme Bill.

—Sí, Bill.

—Así me gusta.

Gregory la besó en la nariz.

Ella echó la cara hacia atrás y preguntó:

—¿Cuál es tu posición en Silver Mountain?

—Soy un hombre rico.

—Entiendo. Encontraste una mina de plata.

—Sí, querida. Soy el dueño de la mejor mina de plata de Silver Mountain.

—¿Dónde está?

—A unas veinte millas de aquí.

—Quiero verla.

—Ya llegará el momento… Ahora, creo que hay cosas más importantes que hacer.

Gregory la volvió a besar en la boca.

—Nena, ¿sabes una cosa?

—Dime.

—Que me alegra mucho que hayas desobedecido mi carta. Sí, Karen… Ahora me doy cuenta de que fui un tonto al no pedirte que vinieses en seguida. ¿Cuánto tiempo hace que no nos veíamos?

—Un año y medio.

—En este tiempo te has puesto mucho más hermosa… Me alegro de que reunieses el coraje necesario para venir.

—A propósito de Silver Mountain. ¿Qué es lo que pasa aquí?

—¿A qué te refieres?

—¿A qué me voy a referir, Bill? Ésta es una ciudad sin ley.

—¿Quién te ha hablado de eso?

—No ha hecho falta que nadie me hablase, Bill… Yo fui testigo de un crimen.

—¿Un crimen?

—Sí, mataron en mi presencia al *marshall* de esta ciudad, que había jurado el cargo esta misma mañana.

—Es muy lamentable.

—Yo vi a los dos asesinos… Te los puedo describir.

—No hace falta que lo hagas. Esos dos hombres ya estarán muy lejos.

—No, Bill, tal como están las cosas, estarán en algún local de esta ciudad y muy satisfechos de su hazaña.

William Ferguson se apretó el puente de la nariz.

—Al parecer, he de hablarte de algunas cosas con respecto a esta

ciudad.

—¿De qué se trata, Bill?

—Hay cosas que nadie puede evitar.

—¿Un crimen no se puede evitar?

—No me interrumpas, Karen. Déjame que termine. Luego puedes hacer las objeciones que se te ocurran.

—Está bien. Habla.

Gregory Wellman paseó por la estancia.

—Verás, resulta bastante incómodo hablar de la cuestión, pero ya veo que es imprescindible… En Silver Mountain no ocurre otra cosa que no haya ocurrido antes en otra ciudad de su misma clase… Hay dos metales por cuya posesión el hombre es capaz de todos los sacrificios. El oro y la plata Un hombre puede sufrir hambre y sed, las mayores miserias, pero se verá compensado si encuentra en su camino oro o plata. Por ellos, también es capaz de cometer los mayores crímenes.

—Oh, no, tú no puedes pensar así.

—No, pero así piensan los demás… Aquí en Silver Mountain se encontró plata y, desde entonces, no han dejado de llegar hombres dispuestos a matar porque es el precio que los separa de ver su sueño realizado… Ya sé que muchos lo consideran como una codicia sin límites, como una ambición irrefrenable, pero es la realidad. Y, como tal, hay que hacerle frente.

—Pero ¿por qué mataron al *marshall*?

—Porque a ninguno de esos ambiciosos le interesa que impere la ley.

—Tú estás aquí. Bill. ¿Tampoco te interesa a ti la ley?

—Claro que me interesa.

—¿Por qué no defendiste entonces al *marshall*?

—Una cosa es que me interese y otra que me enfrente con esos energúmenos. ¿Sabes lo que pasaría? Yo te lo diré. Que me barrerían lo mismo que hicieron con el *marshall*, o me colgarían de la rama de un árbol. No, querida, no soy tan estúpido como para convertirme en un héroe muerto. Las cosas van a seguir así aquí durante mucho tiempo. Silver Mountain seguirá siendo una ciudad sin ley. ¿Y sabes lo que pasará hasta que se imponga…? También te lo puedo decir… Unos cuantos hombres se harán ricos… millonarios Para serlo, sólo se tiene que poseer una cosa.

Inteligencia.
—¿Eres tú uno de esos hombres inteligentes?
—Sí.
—¿Cuál es tu negocio concretamente, Bill?
—He formado una Cooperativa de mineros… Se llama la *Silver Mountain Incorporated*… Ya tenemos un centenar de socios.
—¿Qué tiene por objeto esa Cooperativa?
—Es la mar de sencillo. Un minero no puede sacar provecho individual de su mina. En la mayoría de los casos, su filón necesita ser explotado industrialmente para que dé rendimiento. Se necesita maquinaria adecuada. El propietario del terreno no está capacitado económicamente para llevar a cabo esa inversión. Entonces, se me ocurrió la idea de formar una sociedad. De reunir a todos esos mineros individuales… Lo que no puede lograr uno de ellos con su único esfuerzo, lo puede lograr una sociedad bien organizada. Esa idea se me ocurrió a mí. ¿Pero qué ha pasado? Que otros me copiaron el plan. Sí, querida, han habido unos cuantos tipos que también quisieron formar sus propias cooperativas… Competidores que quisieron aprovecharse de mi inteligencia.
—Imagino que Peter Quayle y Vincent Rutting son tus competidores.
—Sí, ¿cómo lo sabes?
—Me lo dijo el *marshall* antes de que lo matasen… Sólo los citó a ellos, pero, según parece, hubo otros.
—Es cierto. Hubo otros. Pero ya sólo quedamos tres.
—Y sostenéis una guerra entre vosotros.
—Yo sólo hago que defenderme y defender a mis asociados.
—Bill, ¿por qué no apoyas el nombramiento de un auténtico representante de la ley?
—¿Para qué?
—Te servirías de él para demostrar que tú tienes razón, que tu Cooperativa es la que defiende a los mineros y que los demás son unos indeseables.
—No puedo hacer tal cosa.
—¿Por qué no?
—Porque Quayle y Rutting se aprovecharían.
—No te entiendo.
—Te lo expliqué antes. Según la ley, yo soy un fugitivo, no

puedo aliarme con ella… Si en cualquier momento se descubriese mi verdadera identidad, lo perdería todo.

—Ahora me explico tus palabras de antes.

—¿Qué quieres decir?

—Que un hombre se podía aprovechar de la situación, hacerse rico durante el tiempo que Silver Mountain sea una ciudad sin *marshall*.

—Escucha, pequeña, tú no entiendes estas cosas. Los negocios no han sido hechos para ti… Te explicaré cuál es mi plan… En seis meses mi Cooperativa será tan fuerte, que no me importará que se nombre un *marshall*. Yo seré poderoso y con mi dinero podré lograr que olviden mi pasado, lo que ocurrió en aquel pueblo del que te hablé antes.

—¿Quieres decir que ellos tuvieron razón?

—No quise decir eso, sino que cuando yo tenga dinero, lograré que me escuchen.

Karen se apretó las sienes con la mano derecha.

—Debes estar en lo cierto cuando me dices que yo no entiendo de negocios. Todo es demasiado complicado para mí.

Gregory Wellman se echó a reír y fue al lado de la joven a la que tomó por los brazos.

—Cariño, no te calientes la cabeza. Tú vas a estar conmigo como una reina. Eso es lo que importa. Ya que has venido, aprovecharemos bien el tiempo. Nos casaremos en unos días.

En aquel momento se oyeron voces detrás de la puerta.

Ésta se abrió bruscamente.

El rubio que Karen había visto antes entró en la estancia tambaleándose, de espaldas, porque había sido empujado por alguien que había fuera.

Ahora aquella persona entró.

Karen sintió que el corazón se le helaba.

El visitante era Red Forman.

El rubio gritaba:

—¡Eh, usted no puede entrar así! ¡Ya le he dicho que el señor Ferguson no lo puede recibir!

—Yo diría que sí y, además, ya estoy dentro.

Wellman, alias Ferguson, se apartó de Karen.

—Eh. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Red Forman y vengo a detenerle, señor Wellman.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Gregory Wellman.

—No le veo ninguna insignia.

—Soy detective de la Agencia Pinkerton.

CAPÍTULO VI

Gregory Wellman entornó los ojos mientras observaba atentamente a Red Forman.

—Ha venido aquí equivocado, detective.

—Sé que es usted Gregory Wellman.

—Pruébelo.

—Lo probaré cuando lo lleve a Centerville, Texas. Medio centenar de hombres lo identificarán como Gregory Wellman, el hombre que los estafó.

—Se equivoca, señor Forman. Mi nombre es William Ferguson y jamás estuve en ese pueblo, Centerville, en Texas.

—Ya le he dicho que no podrá mantener eso cuando lo lleve al lugar en donde usted estafó cincuenta mil dólares, donde usted mató a dos hombres que descubrieron su fraudulento negocio.

El rostro de Karen había perdido el color. Mantenía los labios cerrados, sin decir nada, porque en su mente se agolpaban confusas ideas.

Sin embargo, Gregory no había perdido la seguridad. Por el contrario, sus labios esbozaban una sonrisa y sus ojos brillaban mucho.

—Señor Forman, ¿qué le hace suponer que yo soy ese Gregory Wellman que usted busca?

—Me he valido de una estratagema para llegar hasta usted.

—¿Cuál?

—Me limité a seguir a una mujer que también lo buscaba a usted.

Ferguson miró a Karen.

—¿Qué tienes que decir a eso, querida?

Karen apretó los dientes. Se sintió llena de rabia. Red Forman

acababa de confesar que la había utilizado como medio para llegar hasta Gregory. Por eso, la había salvado en el establo de las garras de aquellos tres hombres para simpatizar con ella. Por eso la había invitado a almorzar aquella mañana en el restaurante chino.

—Señor Forman, tengo la impresión de que ha perdido usted su tiempo. Y lo que es más, ha hecho el ridículo.

—¿Usted cree?

La joven se volvió hacia Wellman.

—Señor Ferguson, le agradezco mucho su información. Gracias a usted, ahora sé que mi prometido, Gregory Wellman, se marchó de Silver Mountain después de venderle a usted su mina.

—Sí, señorita Marsh.

—¿No le dijo Gregory a dónde se dirigía?

—Me va por la cabeza que mencionó California.

—Gracias.

—¿Irá usted a California, señorita Marsh?

—No. Me pilla demasiado lejos, y además, no tengo dinero. Me quedaré en Silver Mountain una temporada Cuando haya reunido el dinero para el pasaje, me marcharé. Fue usted muy amable, señor Ferguson… Buenos días.

Dicho esto, la joven echó a andar y, sin dirigir una mirada a Red Forman, salió de la estancia.

—Walter —dijo Ferguson—, ¿quieres acompañar a la señorita Marsh?

—Desde luego —contestó el rubio y fue tras de Karen.

En el *saloon* quedaron a solas el hombre que se hacía llamar ahora William Ferguson y Red Forman.

—¿Tiene algo más que decir, señor Forman?

—Sé que es usted Gregory Wellman.

—Al parecer, es un hombre de ideas fijas. ¿Es que no oyó a la señorita Marsh? Usted dijo que ella era su principal testigo, por no decir el único, pero la señorita Marsh lo ha desmentido.

—Usted está haciendo en Silver Mountain lo mismo que en Centerville.

—¿A qué se refiere?

—Usted lo sabe bien. Wellman. También aquí ha montado la supuesta Cooperativa… Engaña a los mineros diciendo que va a defender sus intereses, pero sólo persigue un objetivo. Quedarse con

sus minas.

—Señor Forman, su acusación es muy grave.

—Sí, lo es, pero da la casualidad de que es la verdad.

—Trate de demostrarlo.

—Déjeme examinar los libros de su flamante Cooperativa, señor Ferguson.

—Me resulta usted bastante ingenuo… Las operaciones de la *Silver Mountain Incorporated* son absolutamente secretas. Sólo un socio puede tener acceso a la información.

—Le falta agregar que un socio sólo tiene acceso a la información cuando usted lo cree necesario.

—Señor Forman, ya terminé mi entrevista con usted. Haga el favor de marcharse.

—Está bien. Ya me voy, pero quiero advertirle algo, Wellman. No se va a salir con la suya.

—Señor Forman, ni siquiera creo que sea usted un detective de la Pinkerton y, si lo es, ha sido contratado por uno de mis enemigos, por Peter Quayle o Vincent Rutting. No estoy dispuesto a consentir que los derechos de mis socios sean pisoteados. Lucharé contra todos como he prometido. Contra Quayle, contra Rutting, y contra usted mismo.

—Es usted un cínico, señor Wellman. Apuesto a que ya está convencido de que yo no puedo aliarme con Rutting o con Quayle. Ellos son como usted. Tipos desaprensivos que sólo intentan engañar a la gente.

—¡Ya basta, señor Forman…! ¡Si quiere atraparme, trate de demostrar que yo soy Wellman! ¡Mientras tanto, déjeme en paz!

Red Forman se encaminó hacia la puerta y, con la mano en el tirador, volvió la cabeza.

—Aquí va a hacer su último negocio.

—¿Y si fuese usted el que hiciese en Silver Mountain su último trabajo?

Los dos hombres se miraron retadoramente.

Por último, Red Forman salió de la habitación.

Gregory Wellman permaneció inmóvil mirando la puerta cerrada, golpeándose la palma de la mano con el otro puño.

Poco después entró el rubio que respondía al nombre de Walter.

—Demonios, señor Ferguson. Creí por un momento que todo se

venía abajo.

—No seas estúpido. Walter. Nada se va a venir abajo.

—Pero ese hombre es demasiado peligroso, señor Ferguson.

—No lo es menos que el *marshall* que me persiguió durante dos meses y al que metí una bala en la cabeza mientras dormía.

* * *

Karen Marsh tenía un nudo en la garganta.

Sentía deseos de llorar.

¿Para qué había ido a Silver Mountain?

Oh, sí, había ido allí en busca de Gregory Wellman y ya lo había encontrado.

Pero ¿quién era Gregory Wellman?

¿Por qué pensaba aquello? ¿Es que le iba a dar la razón a Red Forman, un detective que la había engañado miserablemente?

Pensó en alejarse de Silver Mountain cuanto antes.

Sí, se marcharía inmediatamente, pero recordó que no tenía dinero.

En su bolso sólo le quedaba una moneda de cincuenta centavos.

¿Y si Gregory le había dicho la verdad?

Después de todo, le había advertido que no podía hacer pactos con la ley, por la sencilla razón que la ley lo buscaba por supuesto fraude en aquel pueblo lejano de Texas.

Sí, eso debía ser.

La Agencia Pinkerton también se podía equivocar.

¿Quién era Red Forman, sino un empleado que debía de recibir órdenes?

A Forman le habían dicho que capturase a Gregory Wellman, y Forman se había dedicado a eso, a buscar a su presa.

Le había dolido mucho que Red se valiese de ella para encontrar a Gregory.

Estaba detenida ante un escaparate, en donde se exponían algunos vestidos.

—Hola, señorita Marsh.

Se volvió bruscamente y vio ante ella a Red Forman.

—¿Está satisfecho?

—Quiero aclararle algo.

—No hace falta que aclare nada.

—Mi contacto con usted fue casual. Cuando la conocí en el establo de Noel, ignoraba que usted buscaba a Gregory Wellman.

—Pero más tarde, cuando yo se lo dije, usted cobró más interés por mí.

—Sí, es verdad.

—Y, desde luego, pensó que yo lo podía conducir hasta Gregory —la joven se mordió el labio inferior porque con aquellas palabras demostraba a las claras que Wellman y Ferguson eran una misma persona.

Red sonrió.

—No se preocupe. Ya sé que es Wellman.

—Entonces, ¿por qué no lo detuvo?

—Porque no tengo ninguna prueba. Bueno, es usted la única persona que yo podría utilizar para acusar a Gregory Wellman. Pero puede estar tranquila, no pienso hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque usted no me prestaría la ayuda voluntariamente.

—Esté seguro de ello.

—Puede volver junto a Gregory Wellman.

—No necesito su autorización para volver con él.

—Quiero decir que puede volver con Wellman si usted lo quiere. Me valdré de otro medio para acabar con él.

La joven lo miró asombrada.

—¿Qué clase de hombre es usted, señor Forman?

—¿Por qué dice eso?

—¿Tiene el valor de preguntarlo? Sabe que Wellman es mi prometido. Dice que me vaya con él y, da a entender que, si me caso con Gregory, me quedaré viuda.

—Tengo la impresión de que será así. Pero, entonces, usted será una viuda muy atractiva.

Red Forman se tocó el ala del sombrero y se alejó de la joven por la acera de tablones.

Karen se quedó con la boca abierta, más perpleja que nunca.

CAPÍTULO VII

El juez Edwin Strong estaba bebiendo un *whisky* en el *saloon* de Leyla Evans.

Algunos hombres lo rodeaban y se burlaban de él.

—Eh, juez, ¿ya encontró su *marshall*?

—Todavía no.

—Avise cuando lo encuentre para jugar con él al pim-pam-pum.

Los clientes del *saloon* rieron a grandes carcajadas.

Un tipo grandullón que respondía al nombre de James Dove quiso hacer su número.

—Eh, juez, si buscaba un *marshall*, aquí lo tiene —se tocó el pecho con el dedo índice.

—¿Usted, Dove?

—Sí.

—Queda admitido.

—Espere, juez, no tan deprisa. Al hijo de mi madre le dieron muy buena leche y muy buenos pañales para que ahora se vaya a jugar la vida por poca cosa. Le expondré mis condiciones. Me pagará mil dólares al mes, veinticinco dólares extra por cada detenido, y me traerá a Juana Calamidad para que me haga cosquillas en los pies cuando me ataque el reuma.

Los hombres que rodeaban al juez se desternillaban de risa.

Strong era un hombre muy serio y, probablemente no tenía sentido del humor porque no reía nada.

Bebió un trago de *whisky* y, después de pasarse el dorso de la mano por la boca, dijo:

—¿Saben lo que les digo, muchachos? Ustedes pueden reír todo lo que quieran, pero algún día se impondrá la ley en Silver Mountain.

—Baje de la nube, juez. Eso no ocurrirá nunca —repuso James Dove.

—Debería darles vergüenza decir eso. ¿Creen que es admisible lo que ocurre todos los días en esa calle del diablo? Sí, da lo mismo que la llame así o calle de la Violencia. Hoy murieron otros cuatro y también el nuevo *marshall*.

James Dove cruzó las manos sobre el pecho, miró al techo y dijo:

—Se ruega un minuto de silencio por el nuevo *marshall* fallecido, doceavo en la lista de los representantes de la ley en Silver Mountain.

—Ande, búrlense de lo más sagrado —gritó el juez—. Pero ya les digo que llegará un día en que en Silver Mountain vivirán personas respetables. Esto también será un trozo de la civilización. Estoy tan seguro de ello como de que me llamo Edwin Strong.

—¿Está seguro que es Edwin Strong? A ver si se llama Doménico y es griego por parte de abuela.

La nueva ocurrencia de James Dove hizo saltar lágrimas de hilaridad en los ojos de los presentes.

El espectáculo estaba resultando muy divertido.

Un hombre se abrió paso por entre los curiosos.

Era un joven de unos veintiocho o veintinueve años, alto, moreno, de facciones enérgicas.

—¿Es usted el juez Strong?

—Sí.

—Quiero preguntarle si está vacante la plaza de *marshall*.

El juez miró a quien preguntaba y lo vio muy serio.

—Oiga, amigo, esa broma ya me la gastó James Dove. Utilice otra si quiere demostrar su ingenio.

—Estoy hablando en serio, juez. Pero creo que ha contestado a mi pregunta. La plaza está vacante.

—Así es.

—Si me considera con las condiciones necesarias, quisiera ocuparla. Soy Red Forman.

Los presentes fueron dejando de reír poco a poco.

El juez estaba mirando con la boca abierta al hombre que le hablaba.

—Oiga, usted debe haber bebido demasiado.

—No, juez, hace tiempo que no pruebo el licor.

—¿Es cierto? Bueno, entonces soy yo el que está necesitado —dijo el juez y bebió otro trago de su vaso.

Ya se había hecho un silencio absoluto en aquel lugar del mostrador.

El juez arrugó la nariz mientras observaba de nuevo a Red Forman.

—Creo que debo explicarle algunas cosas acerca de Silver Mountain.

—No hace falta, lo sé todo.

—¿Qué lo sabe todo?

—Sí, juez.

—¿Y quiere aceptar el cargo?

—Es lo que le he pedido.

El juez se frotó vigorosamente el mentón.

—¡Que me maten!

—¿Es que no me va a aceptar?

—Claro que lo voy a aceptar, pero tengo que advertirle contra la clase de gente que vive en Silver Mountain… El último *marshall* no duró dos horas.

—Ya lo tuve en cuenta.

—¿Cree que va a durar usted más?

—Nunca se puede saber.

—En el momento presente, no puede usted contar con ningún ayudante.

—Ya me ocuparé yo de eso.

—Puede nombrar a dos.

—Son muy pocos. Necesitaré cuatro.

El llamado James Dove intervino.

—Eh, juez, dígale a su flamante *marshall* que puede nombrar a doce. No tendrá tiempo siquiera para designar al primero.

La nueva ocurrencia de Dove fue muy celebrada por los hombres de alrededor.

—Señor Forman —dijo el juez—, si le parece, iremos a la comisaria y le tomaré el juramento.

—¿Por qué no aquí, juez?

—¿Cómo?

—Preferiría que estos simpáticos muchachos fuesen testigos de

mi nombramiento.

El juez Strong parpadeó.

—Bueno, creo que no hay inconveniente.

Sacó un libro de tapas negras y lo puso sobre el mostrador.

—Señor Forman, ponga su mano derecha cobre el libro.

Red hizo lo que el juez le pedía.

—¿Jura respetar la ley, imponerla y salvaguardar los principios de nuestra Constitución?

—Juro.

—Red Forman, teniendo en cuenta la autoridad de que estoy investido, lo nombro a usted *marshall* de Silver Mountain y le ordeno que haga cumplir la ley más allá de su resistencia humana.

—Sí, señor. Así lo haré.

El acto había sido presenciado por muchas *girls*, que se habían ido acercando poco a poco al mostrador.

James Dove se golpeó en el pecho.

—Eh, *marshall*, dígame algo que esté prohibido por la ley…

—Ya se lo recordaré si la incumple.

—¿Con qué está castigado un pisotón al *marshall*?

—Pruebe.

Dove pisó el pie derecho de Red Forman.

De pronto, éste le soltó la derecha. Sonó un formidable chasquido.

James Dove cayó sobre los hombres que había a su espalda. El y cinco de sus compañeros rodaron por el suelo.

El asombro de los testigos de aquella escena iba en aumento.

El juez hizo chascar los dedos y gritó:

—Eh, Tim, ponme uno doble…

—Juez —dijo Red Forman—. Se olvidó de la insignia.

—La llevo en el bolsillo.

—Démela.

El juez tuvo que buscarse en tres bolsillos antes de encontrar la insignia en uno del interior de la levita.

—Perdone, Forman, pero tendrá que ponérsela usted mismo porque a mí me tiembla la mano.

—Está bien, juez.

Forman se puso la insignia.

Para ese entonces James Dove se estaba levantando y escupió un

chorro de sangre. Sus ojos despedían chispas de furia mientras observaba a Forman.

—Eh, *marshall*, esto no acabó todavía.

—Oiga, amigo, será mejor que se meta esto en la cabeza. A partir de ahora, la falta de respeto a la autoridad será castigada conforme a la ley. Ese pisotón que me dio lo castigué con un puñetazo, pero intente otra cosa parecida y va derecho a la cárcel.

—¿Quiere decir que sería capaz de meterme entre rejas?

—Seguro, Dove. Sólo tiene que hacer una cosa como la que hizo antes y se habrá ganado un encierro.

—El *marshall* nos resultó un tipo con agallas, ¿eh, muchachos?

De pronto, echó a correr hacia Red Forman.

Éste se quedó quieto hasta tenerlo encima y saltó a un lado.

Dove se había lanzado de cabeza en el último momento y fue a estrellarse contra el mostrador.

El tablero se quebró y la cabeza de Dove desapareció por el hueco.

Las risotadas llegaron al paroxismo.

Dove había quedado sin conocimiento.

—Juez —dijo Red—. ¿Con cuánto se puede castigar u Dove por su intento de agresión?

—Tres días de cárcel o quince dólares de multa.

—Gracias. Así se hará. A propósito, todavía no me dio la llave de la comisaría.

—Oh, sí, perdone: con todo esto me he puesto nervioso.

El juez se puso a hurgar en los bolsillos de su levita y al fin sacó una llave que entregó al joven.

Dove estaba volviendo en sí y sacó la cabeza del tablero.

Red lo atrapó por el cuello y lo levantó de un tirón.

—Vamos, Dove.

—¿Adónde me lleva?

—A una celda. Ya te lo advertí.

Dove gritó:

—¡Muchachos, no podéis dejar que el *marshall* me lleve! ¿Es que no lo habéis oído? ¡Me va a encerrar en una celda!

—Cállate, Dove —dijo Red.

Pero ya cuatro hombres se ponían en marcha.

Red retrocedió hacia el mostrador llevando consigo al detenido.

El juez se puso a su lado.

—Red, será mejor que deje libre a Dove.

—No haré tal cosa.

Los cuatro hombres se detuvieron a unos pasos.

El más alto dijo:

—*Marshall*, no puede llevarse a Dove…

—¿Quién eres tú?

—Ben Conklin.

—Está bien, Conklin, apártate de ahí.

—No me voy a apartar yo, ni tampoco lo van a hacer mis compañeros. Queremos a Dove y usted nos lo va a entregar.

—Detendré a todos los que intenten impedir que lleve a Dove a la cárcel.

Ben Conklin miró a los hombres que tenía a ambos lados, y luego clavó otra vez sus ojos en el *marshall*.

—*Marshall*, creo que va usted a batir el récord.

—¿Sí?

—Si insiste en llevarse a Dove, creo que va a durar sólo unos minutos en su cargo.

—Se equivoca, Ben. No sé lo que pasará mañana. Pero al menos esta noche, pienso dormir en mi oficina.

—¿Llevándose a Dove?

—Seguro, me llevaré a Dove.

—Entonces, saldrá de aquí con los pies por delante.

El juez se achicó otro poco y habló por el sesgo de la boca.

—Eh, Red, muchacho. No sea usted así… Lleva las de perder, y por si le sirve de algo, esta vez también me matan a mí.

—No lo creo, juez.

—Hasta ahora me respetaron porque no uso armas. Pero apuesto a que esta vez me incluyen en el lote de los que llevan al cementerio.

Red Forman alzó la voz:

—Escuchen esto que va para Conklin y para todos los demás. A partir de ahora van a respetar la ley y el que no lo haga, juro que lo pagará. Estoy ejerciendo mi autoridad y nadie puede oponerse.

Conklin sacudió la cabeza.

—No le sirve el discurso, *marshall*. Tiene cinco segundos para dejar a Dove y echar a andar hacia la puerta de la calle. Lo hará

solo, sin ninguna compañía. Pero antes dejará caer la insignia al suelo.

—No voy a hacer nada de eso.

—Entonces, se irá derechito al infierno.

Ben Conklin y otros dos hombres tiraron del revólver.

Forman sacó y se puso a disparar.

Conklin recibió un impacto en el pecho y se desplomó.

Otro hombre recibió una posta en la cabeza, que reventó con un crujido.

El tercer tipo que había sacado el arma fue alcanzado en un hombro y soltó un aullido dejando caer el revólver.

Otros tres individuos habían llevado la mano a la culata. Pero los rápidos disparos del nuevo *marshall* de Silver Mountain los dejaron paralizados.

Ahora en el *saloon* se podía oír el vuelo de una mosca.

Forman recorrió con la mirada a los clientes y dijo:

—Quiero que sepan que, a partir de este momento, la ley va a imperar en Silver Mountain… Vamos, Dove, a mi oficina.

James Dove ya podía valerse por sí mismo y echó a andar hacia la puerta.

Red Forman lo siguió con el revólver en la mano mirando a un lado y a otro para no ser sorprendido.

El juez Strong gritó:

—¡Eh, Forman, espéreme…! ¡No me deje aquí!

Tuvo que correr muy aprisa para alcanzar al nuevo *marshall* de Silver Mountain.

Capítulo VIII

Red Forman estaba sentado tras la mesa de la comisaría.

James Dove dormía su borrachera en la celda.

El juez Strong paseaba de un lado a otro de la estancia.

—Señor Forman —dijo deteniéndose.

—¿Qué hay, juez?

—Lo he pensado mucho… Me es simpático.

—Gracias.

—Déjeme terminar.

—Adelante, juez.

—Será mejor que usted y yo nos marchemos de aquí.

—¿Sería capaz de dejar la ciudad a merced de la gentuza?

—En cuanto llegue a Yuma, pediré la intervención del Ejército.

—Usted sabe que el Ejército no puede intervenir.

—Hablaré con el Senador Holmes… Puede hacer gestiones en Washington. Tiene amigos en el Departamento de Guerra.

—Suponiendo que usted y el Senador tuviesen éxito en sus gestiones, podrían pasar un par de meses antes de que se pudiese enviar aquí soldados… ¿Cuánta gente moriría mientras tanto? Y ocurre otra cosa, juez. El Ejército entraría en esta ciudad y establecería la ley Marcial, pero, en una semana tendrían que marcharse y otra vez los indeseables volverían a las andadas. Éste es un asunto civil y soy partidario de que sea solucionado por personas civiles. Sólo así se podrá imponer una paz duradera.

—Pero usted no puede hacer ese trabajo solo.

—Ya le he dicho que voy a nombrar a cuatro ayudantes.

—En primer lugar, nadie querrá ser ayudante, y segundo, ni con cuatro ayudantes podrá meter en cintura a tantos forajidos.

En aquel momento se abrió la puerta.

Red tenía el revólver sobre la mesa, al alcance de su mano y se apoderó de él.

Un hombre entró en la estancia seguido de otros dos, Pero todos tenían el arma en la funda.

El tipo de en medio sonreía. Era muy alto, de cabello rojizo y cara pecosa.

—*Marshall* —dijo—. He venido a felicitarle por su nombramiento y a ponerme a su disposición.

El juez Strong estaba mirando a los recién llegados con la boca abierta.

—Juez —dijo Red Forman—. ¿Me quiere decir quiénes son estos caballeros?

El pelirrojo dio un manotazo para que el juez callase y contestó:

—Soy Vincent Rutting.

Red sacudió la cabeza. Sabía que era Vincent Rutting, uno de los competidores de Gregory Wellman, alias Ferguson.

—Señor Forman, usted ha comprendido el problema de Silver Mountain. Necesitábamos un representante de la ley, y, para ocuparlo, se requería un hombre con agallas. Usted es ese tipo.

—Es usted muy amable, señor Rutting.

Rutting hizo chasquear la lengua.

—Naturalmente, usted necesita el apoyo de los honrados ciudadanos.

—Sí, es cierto.

—Pues aquí me tiene a mí, dispuesto a jugarme la piel para ayudarlo. Usted y yo vamos a hacer grandes cosas, *marshall*. En un par de días, demostraremos a esos piojosos quién es el verdadero dueño de Silver Mountain.

—¿Quién, Rutting? ¿Usted?

El pelirrojo se quedó un poco cortado, y de pronto, soltó una carcajada.

—Claro que no, *marshall*. Usted será el dueño. Pero sólo lo podrá lograr con mi ayuda. ¿Sabe cuántos hombres tengo a mi disposición? A veinte y todos son tipos grandes con el revólver, de lo mejor que ha pisado Silver Mountain. Deles una orden a mis muchachos, dígales qué personas molestan, y en menos de un minuto, se las traerán aquí, empaquetadas, para que usted las meta en su mazmorra… Muchachos, ¿qué hacéis con los sombreros

puestos? Quiero que saludéis al nuevo *marshall*, al hombre que al fin va a imponer la ley que tanto necesitamos.

Los dos compañeros de Rutting se despojaron del sombrero.

El juez se movió hacia el archivador. Abrió un cajón y sacó una botella de *whisky*. Sin invitar a nadie, se atizó un trago.

Forman estaba observando atentamente el rostro de Rutting. Al fin dijo:

—Señor Rutting, le agradezco mucho su lealtad hacia mi persona.

—No tiene por qué agradecérmelo, muchacho. Ya le he dicho que es un sentimiento profundo el que yo guardo en mi pecho por todo lo que significa esa hermosa insignia que usted lleva en el pecho.

—No voy a aceptar su ayuda, señor Rutting.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído. Pero espero que usted siga teniendo en cuenta esos nobles sentimientos que despierta en usted la visión de mi insignia.

El pelirrojo arrugó la nariz.

—¿Es que desprecia lo que yo le puedo ofrecer?

—No. Todo lo contrario. Creo que usted puede hacer mucho por mí. Por ejemplo, dígale a sus hombres que mantengan el revólver en la funda, que no se emborrachen, que no peleen y que no maten. Y sobre todo, que dejen en paz a los mineros.

—*Marshall*, usted sabe que yo tengo una Cooperativa cuya misión es defender los derechos de los mineros.

—No siga. Sé lo que significan esa clase de Cooperativas. Y a ese respecto, también podría hacer algo por mí.

—¿Qué cosa?

—Disuelva la Cooperativa y devuelva a cada socio lo que le pertenece.

—¿Está hablando en serio?

—Sí.

—Creo que voy entendiendo. Me dijeron que usted había visitado a Ferguson… Conque esas tenemos, ¿eh?, con Peter Quayle… Ahora sé quién está detrás de usted, *marshall*. Es el propio Ferguson.

—Se equivoca —repuso Forman—. No tengo nada que ver con

Ferguson.

—Usted dirá lo que quiera, pero yo no lo creo.

Red Forman se levantó. Seguía con el revólver en la mano.

—Rutting, no voy a perder el tiempo tratando de convencerlo, pero si tuviese un poco de inteligencia, se daría cuenta de que si yo fuese un empleado de Ferguson, tendría a mi disposición una docena de sus pistoleros. Y por ahora no tengo a nadie… Sepa de una vez por todas que estoy en contra de Ferguson.

—Estupendo.

—También estoy en contra de usted —lo interrumpió Red—, y de Quayle, y de cuantos persiguen el mismo fin que ustedes, hacerse ricos a costa del esfuerzo de los demás.

—Cuidado, *marshall*. Sus palabras me pueden poner nervioso.

—¿Y qué pasaría, entonces?

—Puedo ordenar que le arranquen la cabeza de cuajo.

CAPÍTULO IX

—Rutting, no le consiento que me amenace.

—Era sólo una advertencia.

—Entonces, yo le daré otra. Deje de hacer el matón y no se aparte de la ley.

—¿Es su última palabra, *marshall*?

—Sí.

—Como quiera, Forman. Pensé que era usted un tipo listo, pero ya veo que me equivoqué. Vamos, muchachos.

Los tres hombres salieron de la comisaría y la puerta se cerró a sus espaldas.

El juez bebió un largo trago y dio un suspiro.

—¿Quiere que le haga una confesión, *marshall*?

—Claro.

—Estar a su lado es muy grave para el corazón. Ya debo de estar enfermo.

—Sólo me falta conocer a Quayle. ¿Cree que también vendrá a ofrecerme su ayuda?

—Quayle no hará tal cosa.

—¿Por qué no?

—Quayle es un asesino y hace las cosas de otra forma. Tratará de matarlo a usted sin haberle visto la cara.

En aquel momento se oyó un ruido procedente del patio.

El juez dio un respingo.

—Eh, ¿qué fue eso?

—Quizá haya acertado y sean los asesinos que me envía Quayle.

—No diga eso, hombre.

—Quédese aquí, juez. Voy al patio.

Red, revólver en mano, cruzó el corredor. Al final estaba la

puerta.

Hizo girar el picaporte muy despacio y abrió de un tirón al tiempo que se apartaba a un lado.

En el patio se produjo un estruendo.

Las balas penetraron por el hueco y, pasados unos segundos, se hizo un silencio.

Fue entonces cuando Red saltó hacia la puerta y se puso a disparar al lugar en donde había visto los fogonazos.

Dos hombres se retorcieron y cayeron como muñecos.

Red bajó rápidamente la escalera de cuatro peldaños.

Los dos hombres estaban tendidos en el suelo.

Uno de ellos había sido alcanzados por dos balas en la cabeza y al otro le había mordido tres veces el pecho. Sus caras estaban llenas de terror porque así los había sorprendido la muerte.

Forman abrió la puerta que daba acceso a la parte trasera de la oficina y salió.

Miró a un lado y a otro, pero no había nadie.

De pronto oyó una cabalgada. Alguien huía por el callejón, pero no se molestó en perseguirlo.

Entró de nuevo en el patio.

Los dos asesinos, para entrar allí, habían violentado la cerradura.

Encontró un grueso tronco en el depósito de la leña para la estufa y aseguró la puerta. Entonces, regresó a la oficina.

El juez Strong se hallaba en la puerta de la calle listo para echar a correr.

—No es preciso que huya, juez.

—¿Quiénes eran?

—Dos tipos que se llegaron para matarme, pero fui yo quien acabé con ellos. ¿Quiere echarles un vistazo?

—Sí, desde luego —asintió Strong.

James Dove había despertado en la celda y se restregaba los ojos.

—Eh, *marshall*, deje de abrir botellas de champaña para celebrar su nombramiento. Después de todo, no va a durar mucho.

El juez regresó a los dos minutos. Estaba un poco pálido.

Tomó la botella de *whisky* de la mesa, y, después de beber un trago, dijo:

—Estaba en lo cierto, Red. Esos hombres trabajaban para Quayle.

* * *

Peter Quayle era mestizo.

Su padre había sido un explorador del Ejército y su madre una apache.

Había pasado su niñez entre la gente de Vitorio, pero cuando el Ejército de la Unión acabó con el rebelde, Quayle fue acogido por una familia de colonos que no tenía hijos.

El padre adoptivo lo hizo trabajar de firme y le imponía su voluntad por algunos medios poco comunes. Cada vez que Quayle hacía una travesura, su padre adoptivo le flagelaba la espalda hasta cansarse.

Quayle odió la vara de fresno, y sobre todo, al hombre que la manejaba.

Un día, cuando ya había cumplido los dieciséis años, arregló las cosas a su manera. Viendo que su padre adoptivo estaba sacando agua del pozo, lo atrapó por las piernas y lo dejó caer por el agujero. Luego, tranquilamente, espero una hora, hasta cerciorarse de que su víctima se había ahogado. Entonces, se dirigió a la casa y le dijo a su madre adoptiva:

—Señora Smith, le doy mi más sentido pésame. Su marido quiso marcharse muy aprisa al infierno, y eligió el camino más corto para él. Se arrojó por el pozo.

Quayle echó a huir, antes de que la ley lo atrapase.

Se refugió en las montañas y se dedicó a asaltar a los viajeros. No quería que nadie se fijase en él y mataba a todo viajero que asaltaba. No le gustaba hacerlos sufrir y les metía una bala entre los ojos.

Ahora Quayle tenía veinticinco años y había perdido la cuenta de las personas a quienes había quitado la vida.

Un viejo minero le dio noticias de la existencia de Silver Mountain y pensó que aquellas colinas donde se encontraba la plata, era el sitio donde él podía convertirse en un hombre de provecho.

A Quayle, aparte del dinero, le gustaba otra cosa. Las mujeres. Pero le gustaban muchas, no una en especial y por ello contaba con

un harén. Prefería las *girls* a las mujeres honestas. Tenía experiencia a este respecto. Las mujeres honestas daban quebraderos de cabeza y a veces se ponían tontas. En cambio, una *girl* sabía ir derecho al asunto. Por eso, Quayle tenía una *girl* a cada lado. Una rubia y una pelirroja. Y estaba orgulloso de ambas porque las había elegido entre las más hermosas de Silver Mountain.

Repartía sus besos entre ellas, aunque, según la pelirroja, no lo hacía equitativamente.

En aquel momento entró un hombre. Estaba sudoroso y pálido.

—Señor Quayle, todo falló.

Quayle estaba besando en ese momento a la rubia y le soltó un empellón.

—¿Qué pasa, Tim?

—Ya se lo he dicho. Falló.

—¿Quieres decir que el nuevo *marshall* sigue viviendo?

—Sí, señor Quayle. Se cargó a Brink y a Alf…

Los ojos verdosos del mestizo chispearon con intensidad.

—Tim, ya dije que iba a acabar con el *marshall*. No sé de qué parte estará. Lo mismo puede deber su puesto a Ferguson que a Rutting. Por eso, en la duda, decidí que el puesto debería quedar vacante.

—Comprendo su intención, señor Quayle. Pero ese *marshall* parece duro.

—No digas eso, Tim, o te rompo la crisma.

—Alf y Brink tomaron precauciones. Se colocaron en el patio y, sin embargo, de nada sirvió.

—¿Quién hay fuera, Tim?

—Robert nada más.

—¿Y los otros?

—Están en el *saloon* de Leyla.

—Llégate al *saloon* y tráelos acá.

—Muchos estarán borrachos.

—Que se den un baño en el abrevadero.

—¿Qué va a hacer, jefe?

—¿Eres estúpido? ¿Quieres que te lo explique todo? Nos vamos a presentar en la comisaria para decirle al *marshall* quién soy yo.

Tim se echó a reír.

—Eso es bueno, jefe.

—¿Qué haces ahí? ¡Lárgate a cumplir mis órdenes!

Tim salió disparado de la estancia.

La pelirroja enroscó sus brazos en el cuello de Quayle y lo besó en la boca.

—Querido, ¿nos dejarás que te acompañemos a la comisaría? Nunca he visto cómo muere un *marshall*.

—No es negocio para mujeres.

—Cariño, donde tú estés, podemos estar nosotras… ¿Verdad, Helen?

La rubia también se echó sobre Quayle y, haciendo una caída de pestañas, dijo:

—Llévanos, Peter… Tampoco a mí me gustaría perdérmelo.

En aquel momento se abrió la puerta.

Quayle pensó que sería Tim o Robert, el hombre que había quedado fuera.

Pero no era ninguno de los dos, sino un desconocido.

Entonces, se dio cuenta de que aquel hombre mostraba una estrella sobre el pecho y supo que era Red Forman, el nuevo *marshall* de Silver Mountain.

CAPÍTULO X

—Caramba. Peter —dijo la rubia—. No sabía que tuvieses esta clase de amigos tan buenos mozos. ¿Por qué no me lo presentas?

—Cierra el pico, estúpida. ¿Es que no sabes quién es? Si yo fuese amigo de un *marshall* me ahorcaría con el cinturón.

Red dejó la puerta abierta y dio unos pasos.

—¿Dónde está Robert, *marshall*? Me refiero al hombre que debió encontrarse a la entrada.

—Está ahí. Le pegué un culatazo entre los dos ojos. Dormirá durante un rato.

—¿Qué es lo que quiere, Forman?

—Vengo a detenerlo.

—No me diga —rió Quayle—. ¿Lo han oído, muchachas? El valiente *marshall* de Silver Mountain viene aquí a detener nada menos que a Peter Quayle.

Las dos muchachas se creyeron en la obligación de reír también.

Quayle apuntó con el dedo a Red.

—¿Cuál es el cargo, *marshall*? Pero lo doy mi palabra que hoy no robé el bolso a ninguna vieja.

—Intento de asesinato —contestó Red con voz grave.

—¿Qué cuento es ése?

—Dos hombres que estaban a sus órdenes violentaron la puerta trasera de mi oficina para rellenarme de plomo.

—No sé nada de eso.

—Todo cuanto diga a partir de ahora podrá ser alegado en su contra.

—¿Cuándo podrá ser alegado, *marshall*?

—Durante su juicio.

—Vaya, parece un tipo listo. Se ha llegado aquí en busca de un

premio. De acuerdo, *marshall*. Le daré un fajo de billetes. Pero, dígame cuándo tiene bastante. ¿Cien dólares?

—No.

—¿Doscientos?

—Tampoco, y no siga subiendo porque no le va a servir de nada. Bueno, sólo servirá de una cosa. Al intento de asesinato le sumaré el de soborno.

—No me asusta, *marshall*. Puede agregar unas cuantas más.

—Bastará con el de asesinato para colgarlo.

Quayle se quedó serio.

—Me estoy cansando de sus chistes. ¿Por qué no cuenta alguno más picante?

—Levántese, Quayle, tengo que llevarlo a la celda.

Quayle se estaba llenando de ira.

—¿Habla en serio, *marshall*?

—Absolutamente.

—Hace un rato le decía a uno de mis hombres que conocía su juego, Forman.

—¿De veras?

—Usted está al servicio de Ferguson.

—No.

—De Rutting.

—No da una en el clavo, Quayle. Sólo estoy al servicio de la ley.

—¿Quiere que me crea eso, *marshall*?

—Imagino que le va a costar mucho trabajo, de modo que, no lo intente.

Hubo un silencio. Quayle sonrió.

—Está bien. Iré con usted, *marshall*.

—Es mejor así.

Quayle no tenía la menor intención de dejarse detener. Eso hundiría sus planes porque aquel *marshall* sería capaz de colgarle. No, no había llegado a los veinticinco años de su vida para que un cochino representante de la ley le pusiese la soga al cuello. Especialmente, no podía consentir ser encerrado. Perdería autoridad ante sus muchachos. Sólo con que permaneciese un minuto en la celda tendría que emigrar de allí porque nadie le haría caso.

Si el *marshall* conseguía meterlo entre rejas, ya podía despedirse de la pandilla. Sus hombres se pasarían al bando de Ferguson o al

de Rutting.

Por otra parte, el *marshall* guardaba su revólver en la funda. Y él, Quayle, era un hombre muy rápido. Lo había demostrado muchas veces. Y ahora también lo seria. Más que su rival.

Se puso en pie y tiró del revólver.

Quayle se quedó sorprendido al ver que de la mano derecha de Forman brotaba un fogonazo.

Una aguja al rojo vivo le traspasó el pecho.

Ya tenía el revólver en la mano y, sin embargo, en fracciones de segundo tuvo la impresión de que pesaba diez veces más de lo acostumbrado.

Debía levantar el arma y cargarse a Forman.

Pero algo se interpuso entre el *marshall* y sus ojos. Una nube esponjosa.

Finalmente cayó en el suelo.

La pelirroja lanzó un chillido.

La rubia se quedó como una estatua.

Red se acercó a Quayle y lo vio con los ojos abiertos, fijos en el techo. Su bala le había partido el corazón.

Entonces, retrocedió hacia la puerta.

—Cuando lleguen sus hombres, le dicen que el fin de Quayle será el de ellos si no se marchan de Silver Mountain.

Inmediatamente salió de allí.

* * *

El juez Strong estaba borracho.

—*Marshall*, es usted el tipo más grande que ha llegado a esta ciudad… En sólo un rato se cargó a Quayle y se enfrentó a Rutting y a Ferguson.

—Tuve suerte.

—No, no es cuestión de suerte. Pero me estoy diciendo que, a pesar de sus esfuerzos, usted estará muerto mañana.

—Nadie sabe el momento en que va a morir.

—¿Todavía no eligió a sus ayudantes?

—No tuve tiempo.

James Dove habló por entre los barrotes.

—Eh, *marshall*, quiero hablarle de eso. Sáqueme de aquí y juro ahora mismo el cargo de ayudante.

—¿Tú, Dove…?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Creo que es un tipo con el que se puede trabajar a gusto.

—Si quieres engañarme para salir de la celda, no lo vas a conseguir.

—Le juro que digo la verdad. Quiero ser su ayudante… A mí siempre me ha gustado la diversión y usted me la va a proporcionar en grande…

Red tomó el llavero de la pared y abrió la celda.

Dove salió sonriendo.

—Tengo otro motivo, *marshall*.

—¿De qué se trata…?

—Hasta ahora nunca estuve de parte de la ley.

En aquel momento se abrió la puerta y Forman giró con el revólver en la mano.

Era un viejo a quien Red no había visto nunca.

—Soy Al McKenny, el cuidador del cementerio… —se presentó.

—¿Y qué quiere, Al?

—Me enteré que está buscando ayudantes…

Red se pasó una mano por la cara.

—¿Quiere decir que le interesa el cargo?

—Desde luego.

—¿Por qué, Al…?

—Ya me cansé de estar allá arriba, enterrando los muertos… ¿Sabe por qué acepté el cargo en el cementerio…? Pensé que en Silver Mountain habría un entierro por semana. Me pagan poco, ¿sabe…? Sólo veinte dólares al mes. Soy un tipo ambicioso. Pero me equivoqué porque resultó que no paro de cavar hoyos y de poner cruces… Me he informado de lo que ha hecho usted en el poco tiempo que lleva de *marshall* y me he dicho que, si yo me pusiese de su lado, entre todos podríamos arreglar las cosas en Silver Mountain para que sólo haya un entierro cada siete días… Entonces, yo renunciaré al cargo de ayudante y volveré a ocupar el de enterrador. ¿Se da cuenta, *marshall*…?

—Sí, Al. Lo comprendo a usted.

—Entonces, ¿me admite?

Red Forman se frotó el cogote.

—Lo importante no son sus deseos, Al… No sé cómo explicarme. El puesto de ayudante será muy peligroso.

—Creo que lo entiendo. Usted supone que no estoy capacitado para él. Cree que sólo tengo vocación de sepulturero. ¿Me equivoco…?

—Quizá —dijo Red Forman.

Se escupió en la mano derecha, sacó el revólver como una centella y disparó una y otra vez contra la pared de enfrente.

El juez Strong se puso a saltar como un loco aunque las balas cruzaban muy lejos de él.

Finalmente, Al terminó de vaciar el cilindro.

En la pared, Red pudo ver una A mayúscula que McKenny había formado con las postas.

—Queda admitido, sepulturero —dijo.

CAPÍTULO XI

Karen estaba tendida en la cama del hotel.

De vez en cuando, en la ciudad se oían disparos y en esos momentos venía a su memoria la figura de Red Forman.

—¿Por qué se preocupaba de él…? Al fin y al cabo, había aceptado el puesto de *marshall* voluntariamente.

Sentía en su interior un gran vacío.

¿Era quizá porque en el fondo creía a Red Forman y no a Gregory…?

Trató de apartar esas ideas de su mente.

Debía dormir. Al día siguiente vería las cosas de otra forma.

Pero también podía ocurrir que al día siguiente no existiese el *marshall* de Silver Mountain.

Aquella misma noche lo matarían.

Sí, estaba segura de ello.

Una ciudad como aquélla no podía permitir que existiese un representante de la ley.

De pronto, llamaron a la puerta.

Se irguió en la cama pensando que pudiese ser Red.

—¿Quién es?

—Soy yo, Gregory —era la voz de Wellman.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Abre, necesito hablar contigo.

—Espera un momento.

Se cubrió con una bata, pues estaba en camisón, calzó unas chinelas y dio vuelta a la llave.

Gregory entró y le rodeó la cintura con el brazo. Luego, la besó con fuerza en la boca.

—Nena, te he echado de menos…

Wellman sintió que el calor que emanaba del cuerpo femenino lo turbaba. La empujó hacia la cama.

Karen le puso una mano en el pecho.

—Gregory, ¿a qué has vuelto?

Él sonrió.

—Te quiero y vas a ser mi esposa.

La empujó de nuevo hacia el lecho, pero ella se opuso.

—Espera, Gregory. No lo estropees. Quiero ser tu esposa como debe ser.

—Cariño, nos casaremos mañana…

—Entonces, mañana.

—Creí que serías una mujer de mundo, con más experiencia.

—¿Por qué has imaginado eso? ¿Quizá porque desde que nos separamos has tratado a cierta clase de mujeres?

—Quizá.

—No me compares con ellas, por favor.

—Vaya, parece que me diste calabazas.

—No digas eso, Gregory.

—Pensé que también habrías contado con que yo vendría esta noche por ti…

—Sí, Gregory, es posible que pensase en eso, me extrañaba que no vinieses… Pero no pensé más que en hablar contigo sobre lo que ocurrió en tu oficina.

—Te comportaste bien ante el *marshall* al no identificarme como Gregory Wellman.

—Él sabe perfectamente que eres Gregory Wellman.

—¿Te enteraste de que es el nuevo *marshall* de Silver Mountain?

—Desde luego. Lo supe en la calle. La gente no ha hablado de otra cosa. Me han dicho que mató a uno de tus competidores.

—A Quayle, y también le bajó los humos a Rutting.

Karen le puso una mano en el brazo.

—Gregory, ¿por qué no colaboras con él?

—¿Con el *marshall*?

—Sí.

—¿Y en qué forma tendría que colaborar?

—Disuelve tu Cooperativa.

Wellman entornó los ojos y lanzo una carcajada.

—¿Lo dices en serio, Karen?

—Sí.

—¿Quieres que eche por tierra mi trabajo en Silver Mountain?

—Te haré una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Es legal o ilegal lo que estás haciendo?

Gregory no había borrado la sonrisa de sus labios.

—Vaya, parece que el *marshall* te caló muy hondo.

—No digas eso.

—¿Acaso no es verdad?

—No, no lo es. Te quiero a ti, sólo a ti, Gregory.

Karen puso mucho énfasis en sus palabras, quizá porque quería convencerse a sí misma.

—Me alegra oírte decir eso, querida.

—Hablemos del otro punto. De tu Cooperativa. No has contestado a mi pregunta.

Wellman se pasó la mano por la mejilla.

—Nena, quizá resulte demasiado complicado para ti.

—No te preocupes. Procuro entender las cosas. Y suponiendo que haya algo complicado, te pediré que me lo expliques.

—En realidad, es la mar de sencillo… Verás, Karen, hay hombres que no merecen la suerte que tienen.

—Ya hemos llegado a un punto que no comprendo.

—Me refiero a que ciertos tipos se ponen a buscar plata y resulta que el día menos pensado consiguen un buen filón… Son retrasados mentales, sujetos que apenas saben leer y escribir… Están acostumbrados a pasar con muy poco dinero. Si ellos explotasen el filón por su cuenta, se arruinarían… Dejarían de trabajar y se dedicarían a malgastar lo que el destino ha colocado en sus manos. Incluso se ponen en peligro de morir, ya que hay gente dispuesta a matar para entrar en posesión de uno de esos filones. Ya te dije eso. Mi Cooperativa es un seguro de vida para ellos. Les proporciona beneficios y ellos no se tienen que ocupar de la explotación del filón.

—¿Cuánto reciben a cambio de la cesión de los derechos a la Cooperativa?

—Un diez por ciento.

—¿Sólo un diez por ciento?

—Es más que suficiente para que sigan viviendo.

—Ahora ya puedo sacar mi propia conclusión.

—¿Y cuál es?

—Que lo que haces es ilegal.

—No deberías decir eso.

—Tú sabes que lo es, Gregory.

—Ya te he dicho que gracias a mí, siguen conservando la vida.

—Imagino que no la conservarían si se negasen a cederte sus derechos.

Gregory la tomó por los brazos.

—Nena, no era mi intención hablarte de esto… Tampoco quería que vinieses, recuérdalo. Quería darte la sorpresa. Dentro de unos meses habría llegado a Kansas City. Habría puesto a tus pies un mundo nuevo, algo con lo que ni siquiera has soñado.

—Yo no quiero ese mundo.

—No sabes lo que dices, Karen. Piensa en la casa que tendremos. Tendrá columnas de mármol, con treinta o cuarenta habitaciones y con muchos criados… Tendrás joyas, vestidos, abrigos caros…

—No, Gregory, yo no quiero nada de eso. Me conformo con mucho menos.

—¿Con qué te conformas? ¿Con una cabaña con goteras? ¿Quieres que yo trabaje de sol a sol labrando la tierra o cuidando ganado?

—No me importaría eso, si fuese un trabajo honrado.

—¿Quieres que sea siempre un esclavo?

—Nadie te esclaviza. También puedes llegar a lo más alto cultivando la tierra o criando reses. Hay muchos rancheros que empezaron así.

—Oh, sí, lo sé. Hay muchos que llegan a ser poderosos criando reses o cavando la tierra. Pero ¿cuándo lo son? Yo te lo diré, Karen. Cuando llegan al final de su vida, cuando tienen sesenta o setenta años… No, Karen, ¿qué hay de malo que pretenda ser rico en mi juventud? Ya cumplí treinta años y antes de mi próximo aniversario tendré todo lo que deseaba.

—Lo siento por ti.

—No digas eso. Lo que tenga será de los dos.

—No, Gregory. Tú y yo no podemos casarnos.

—¿Por qué no?

—Porque no estoy de acuerdo contigo en nada.

Los ojos de Gregory brillaron encolerizados.

—Sería mejor que no hubieses pronunciado esas palabras, Karen.

—Es mi forma de pensar y yo siempre fui sincera.

—Cambiarás de opinión.

—No, Gregory, no lo esperes.

—He dicho que cambiarás… —la apuntó con un dedo—. Ya sé lo que te pasa a ti… Se trata de ese imbécil del *marshall,* Red Forman. Habló contigo y te ha metido en la cabeza ideas estúpidas… Muy pronto acabaré con él y entonces llegarás a la conclusión de que valdrá la pena ser la esposa de Gregory Wellman.

Ferguson salió de la estancia y cerró dando un fuerte portazo.

CAPÍTULO XII

El juez Strong abrió la puerta de la oficina del *marshall* y asomó la cabeza.

No vio a nadie y soltó un gemido.

—Lo que imaginaba… Se los cargaron.

Por detrás de él, una mano se posó en su hombro y dio un grito volviéndose. Era el *marshall*.

—Señor Forman. ¿Es usted?

—Sí, creo que soy yo.

—Demonios, pensé que ya lo habían emplomado.

—Pasamos la noche sin novedad.

—No sabe cuánto me alegro. ¿Y sus dos ayudantes?

—Imagino que están donde yo los dejé, durmiendo en una celda.

—Pero usted, ¿qué hizo?

—Yo presté guardia fuera. ¿Qué hora es, juez?

—Las siete de la mañana.

Forman miró la calle. Sólo se veían algunas personas.

—Aquí la gente es poco madrugadora, juez.

—Quizá sea debido a que a la mayoría de los ciudadanos les gusta la juerga.

—Sí, eso pienso. Tendremos que empezar a reformar las costumbres.

De repente, Forman pego un empujón al juez, quien se tambaleó y cayó sobre los cuartos traseros en el porche.

Al momento sonó un disparo y la bala se incrustó en la puerta.

Red ya estaba haciendo fuego en cuclillas.

El juez miró hacia la casa de enfrente.

Un hombre que estaba en el tejado lanzaba un grito y, tras dejar el rifle que empuñaba, cayó como un fardo desde lo alto

manchando con sus sesos el callejón.

Se oyeron carreras en el interior de la oficina y por la puerta salieron Dove y McKenny con el revólver en la mano.

—¿Qué pasó, *marshall*? —Gruñó el sepulturero.

—Ocuparos del cadáver que hay en el callejón. ¿Hay café hecho?

—Sí —contestó McKenny.

El *marshall* entró en la oficina seguido del juez, mientras los ayudantes iban a hacerse cargo del cadáver.

Red sirvió dos tazas de café, una para el juez y otra para él.

Al cabo de un momento, regresó Dove.

—¿Conoces al muerto? —le preguntó Forman.

—Sí, era Charles Uris.

—¿Para quién trabajaba?

—Era un asesino independiente. Lo mismo ha podido ser pagado por Ferguson que por Rutting.

El juez terminó de beber su café.

—*Marshall*, venía a hablarle de algo muy importante.

—Le escucho, juez.

—Se va a celebrar una reunión. Se trata de mineros que todavía no pertenecen a ninguna de las cooperativas No son muchos todavía, unos veinte o treinta. Se han enterado de lo que usted hizo ayer en las pocas horas que siguieron a su nombramiento. Como cabía esperar, se ha transmitido la noticia por las colinas. Dos mineros vinieron a hablarme esta madrugada. Me dijeron que estaban dispuestos a apoyarlo a usted si esta mañana continuaba con vida. Dijeron que se reunirían a las diez en la mina de Robert Doyle. ¿Irá usted?

—Desde luego.

—Tengo la impresión de que será como pegar el fuego a la mecha.

—La mecha ya está ardiendo desde que entré en esta oficina.

—Sí, es posible, pero podría ocurrir que Ferguson y Rutting uniesen sus fuerzas para luchar contra usted.

Red sonrió.

—Es usted muy optimista, juez. Bastaría con las fuerzas de cualquiera de ellos para acabar con nosotros.

—Naturalmente, pero para ello tendrían que emplearlas muy

bien. Usted está probando que es duro.

* * *

Red salió de la comisaría.

Iba a entrar en el restaurante chino cuando vio a Karen Marsh.

—Buenos días, Karen.

La joven lo miró con los ojos entornados porque le daba el sol en la cara.

—Creí que no me hablaría, *marshall*.

—¿Por qué no? Usted no tiene la culpa de que su prometido sea un canalla.

—Pero me voy a casar con él.

—No, no creo que se case con él.

Ella hizo un gesto de sorpresa.

—¿Cómo se atreve a pronosticar eso? Usted mismo admitió ayer que me quedaría viuda.

—Ayer quise hacer una frase ingeniosa.

—Entonces, ¿cuál es su verdadera respuesta?

—Usted no quiere a ese hombre…

—Oiga, señor Forman, usted sabrá muchas cosas como detective pero no puede presumir nada con respecto a mis sentimientos.

—¿Vio anoche a Gregory Wellman?

—Sí, él vino a mi cuarto.

Ahora fue Red el que quedó sin habla. En seguida, ella agregó:

—No sea mal pensado. Hice salir a Gregory. Y ya que estamos en el terreno de las confidencias, le diré que acertó. No me voy a casar con él.

—¿Se lo dijo a Gregory?

—Sí.

—¿Y por qué no se va a casar con él?

—Ya no tengo ninguna duda de que Gregory está haciendo algo muy malo en Silver Mountain.

—Karen, ¿quiere desayunar conmigo?

—Sí.

Fueron otra vez al restaurante chino y ocuparon una mesa.

—¿Cuáles son sus planes? —preguntó Red cuando hubieron despachado una ración de tostadas con mantequilla.

—Ya se lo dije. Sé coser. Me ofreceré a las damas de Silver

Mountain.
—Le haré un préstamo de cincuenta dólares.
—No quiero su dinero.
—He dicho que es un préstamo. Ya me lo devolverá más adelante.
—Perdone, señor Forman, pero preferiría arreglármelas por mí misma.
—Sí, eso ya lo dijo y ahora me doy cuenta de que es una testaruda.
—Ya me ayudó bastante, señor Forman, y no quiero que ciertas personas interpreten mal nuestras relaciones.
En aquel momento oyeron una voz cerca de la mesa.
—Celebro encontrarles aquí.
Era Gregory Wellman. Trataba de sonreír, pero sus ojos lo traicionaban. Era evidente que no le gustaba nada que su ex prometida estuviese haciendo compañía al nuevo *marshall* de Silver Mountain.
Red miró hacia la puerta y vio allí a dos hombres. Uno estaba apoyado en la pared, limpiándose las uñas con un mondadientes, pero sus ojos miraban hacia aquel lado. El otro vigilaba descaradamente.
—¿Puedo sentarme con ustedes? —dijo Ferguson.
No esperó a que el *marshall* o Karen se lo autorizasen. Tomó una silla y se sentó entre ambos.
—Ustedes forman una gran pareja.
—¿Por qué no va al grano? —dijo Red con voz ronca.
—Muy bien, se lo diré claramente. No me gusta que me quiten la novia. Una vez lo hicieron, hace unos cuantos años, pero el tipo no vivió lo suficiente para disfrutarla.
Red no se movió una pulgada. Sabía que Wellman lo quería sacar de sus casillas. Estaba en muy mala posición, sentado. En cuanto moviese la mano hacia el revólver, los dos tipos que estaban en la puerta lo acribillarían a balazos.
Wellman esperaba su respuesta sonriendo. Sin embargo, Forman, dijo mirando a Karen:
—¿Quiere más tostadas?
—No, gracias.
Red fue a levantarse.

—Está bien. Tengo que marcharme.

Sólo quería ponerse en pie para poder enfrentarse a los tipos de la puerta pero Wellman adivinó su intención y le puso la mano en el hombro.

—*Marshall*, ¿es que no me ha oído? Le he dicho que no me gusta que me quiten la novia.

—Suélteme, Wellman.

—Le voy a partir la cabeza, *marshall*.

—Gregory, te estás comportando de una forma abominable.

—Calla, nena —contestó Wellman sin mirarla.

Pero la joven dio la vuelta a la mesa y se puso en la línea de tiro, cubriendo a Red.

Forman no quiso que ella hiciese eso, pero no lo pudo impedir.

Entonces soltó un puñetazo en la cara de Wellman.

—¡Fuera, Karen! —gritó cuando ya estaba de pie.

Tenía el revólver en la mano y había sorprendido a los dos hombres de la puerta. Ninguno de ellos había tenido tiempo para sacar.

Wellman se levantó soltando espumarajos. Miró a sus dos hombres y los vio quietos, encogidos, con la diestra en la culata. Comprendió que ya nada podían hacer porque el *marshall* dispararía con mucha ventaja.

—*Marshall* —dijo Wellman—. No debió hacer eso.

—Es una pena que sus hombres no hayan tirado, porque entonces lo habría detenido a usted.

Wellman dio media vuelta y echó a andar rápidamente. Salió del restaurante y sus dos hombres fueron detrás.

La joven suspiró y se dejó caer en la silla.

—Creí que lo iban a matar.

Forman pagó el importe del servicio, tomó a la joven del brazo y ambos salieron del local.

Al llegar a la calle dijo:

—Creo que se debe marchar, Karen. Wellman me odia a muerte. Ya lo oyó. No está dispuesto a consentir que usted y yo nos dirijamos la palabra. Y no hay sitio seguro para usted en esta ciudad mientras reine la actual situación. A las doce saldrá una diligencia para Yuma. Usted se irá en ella.

—No quiero marcharme.

—Es una orden del *marshall* y la va a cumplir. La comisaría correrá con los gastos de su boleto y también recibirá una indemnización para que pueda hacer frente a esta emergencia. Ya no se trata de un préstamo. ¿Lo entiende?

—Quiere expulsarme de la ciudad…

—Sí, es cierto, pero usted sabe por qué lo hago. Vendrá conmigo a la comisaría y esperará allí la llegada de la diligencia.

—Debo ir al hotel por mi equipaje.

—Ya lo hará más tarde. Ahora debo asistir a una reunión. Mientras tanto, usted se quedará en la comisaría Uno de mis ayudantes le hará compañía.

* * *

El juez Strong y el *marshall* Corman entraron en la cabaña de Robert Doyle. Allí se habían reunido una veintena de mineros.

El juez Strong presento al *marshall*.

Kobert Doyle tomó en seguida la palabra en nombre de sus compañeros.

—Señor Corman, no sabe cuánto me alegra que tengamos al fin un auténtico representante de la ley. Hasta ahora, nadie pudo evitar el saqueo de que somos víctimas. Gentuza como Ferguson, Rutting y Quayle nos han venido estafando desde hace meses. Antes hubo otros, pero Ferguson y compañía los han sustituido. Ya no vale la pena descubrir un filón importante. En cuanto eso ocurre, los pistoleros que obedecen las órdenes de uno de esos aprovechados, se presentan para inscribir al socio en la Cooperativa que supuestamente va a defender sus intereses.

Rod levantó la cabeza.

—Ya sé lo que está pasando en Silver Mountain, pero debo decirles que, si estoy solo, no podré terminar con los sucios manejos de que son víctimas. Necesito su apoyo. Les podría decir que bastaría con su ayuda moral pero cometería una falsedad. También necesito que me ayuden materialmente, y con ello ya saben lo que quiero decir. Necesito sus rifles, sus pistolas. Será imprescindible que ustedes estén a mi lado cuando nos dispongamos a librar la batalla decisiva contra Ferguson y Rutting. El juez y yo hemos llegado a la conclusión de que ellos unirán sus fuerzas, ya que Quayle murió.

—Puede contar con nosotros. ¿Verdad, muchachos? —dijo Doyle.

Los mineros soltaron exclamaciones de asentimiento.

De pronto sonaron varios estampidos. Las balas entraron por las ventanas tras romper los cristales.

Dos hombres lanzaron gritos de muerte y se desplomaron.

—¡Arrójense al suelo! —gritó Rod.

Otro enjambre de proyectiles se coló por la puerta acabando con la vida de tres hombres.

CAPÍTULO XIII

Dos mineros asomaron el rifle por la ventana y dispararon.

—¡Apártense de ahí! —ordenó Rod.

Una bala hizo explotar la cabeza de uno de los mineros, que salpicó de sangre a los que estaban detrás.

Uno de los mineros gritó:

—¡Debemos rendirnos!

Doyle lo miró con odio.

—Cállate, Jim.

—Tengo mujer y tres hijos. No quería venir aquí. Os lo dije. ¿Qué importa que nos roben si seguimos viviendo? Ahora nos tienen atrapados en esta maldita cabaña y ninguno podrá contarlo…

Continuaban disparando.

Un hombre que estaba junto a la puerta lanzó un aullido y se llevó las manos a la espalda. Había sido alcanzado en el espinazo. Tenía la boca abierta y quería decir algo, pero no le quedaba ninguna oportunidad. Cerró los ojos y cayó hacia adelante.

—¡Os digo que debemos abrir la puerta antes de que nos maten a todos! —gritó Jim.

—Anda, Jim, si no estás con nosotros sal de una vez —repuso Doyle.

Jim miró a sus compañeros.

—¿Quién está conmigo?

Un hombre de unos cincuenta años levantó el brazo.

—Yo también soy partidario de que nos entreguemos.

—Está bien, Elmer, ven conmigo.

Los dos avanzaron hacia la puerta.

Jim gritó a través de ella.

—¡Eh, oigan! ¡Dos de los que estamos dentro aceptamos ir con ustedes!

Dejaron de disparar y entonces una voz contestó:

—Está bien, muchachos. Si queréis salir, estáis a tiempo.

Jim sonrió.

—¿Lo ves, Elmer? Sabía que saldría bien.

Abrió la puerta y él y Elmer salieron por el hueco con las manos levantadas.

De pronto se oyó un estruendo.

Jim lanzó un grito.

—¡Martha!

Estaba llamando a su mujer.

Pero su compañero no pudo llamar a nadie. Los forajidos habían puesto en marcha demasiadas balas.

Robert Doyle hizo rechinar los dientes. Estaba al fondo, junto a Rod Corman y el juez Strong.

—Bien, muchachos —dijo Doyle—. Ya habéis visto el final de Jim y de Elmer. Si queremos salir de ésta, tendremos que luchar por nuestra vida.

Rod se fue hacia la cocina y se detuvo ante la puerta trasera.

Doyle acudió a su lado con otros dos hombres.

—Escuchen —dijo Rod en voz baja—. Es evidente que nos estarán esperando ahí fuera. Voy a abrir la puerta. Dejen circular las balas. Saldré rodando. Cúbranme ustedes con sus revólveres. No se preocupen si no ven a sus agresores. Sólo quiero que hagan fuego para que ellos apunten hacia el hueco y me dejen en paz durante unos segundos.

—Sí, Corman, hemos comprendido —asintió Doyle.

—¿Listos?

—Ya.

Rod abrió la puerta.

Tal como había previsto, sonó un nutrido fuego de fusilería.

Las balas cruzaron por el hueco aullando como coyotes.

Doyle y los otros hombres replicaron disparando.

Corman se lanzó por el hueco, rodando por el suelo.

Cuando quedó de bruces, vio a dos hombres delante de él. Tenía el revólver a punto y disparó hasta cuatro veces.

Los dos forajidos, pillados de sorpresa, se contorsionaron

mientras el plomo les mordía y cayeron levantando una gran polvareda.

Rod corrió hacia el pozo porque vio que era un buen escondite.

Pero justamente por detrás del pozo surgió un hombre.

Rod le soltó un pistoletazo a boca de jarro.

Rod vio como el rostro del hombre se transformaba en una máscara sangrienta, deforme. Uno de los ojos quedó donde debía estar la barbilla.

El tipo dio una vuelta sobre sí mismo y se abatió.

Corman se encontró al fin dueño del pozo.

Tres balas de rifle chocaron contra el brocal y salieron rebotadas con siniestros silbidos.

Rod recargó la cabeza del revólver.

Un hombre asomó la cabeza detrás de un árbol.

Corman hizo fuego y el tipo salió de su escondite dando vueltas.

Rod corrió en aquella dirección. Si conseguía llegar al árbol atraparía a unos cuantos forajidos por la espalda.

Un hombre salió por detrás del gallinero. Tardó mucho tiempo en levantar el rifle. Rod le metió un balazo en la ingle.

El sujeto dio un salto al tiempo que lanzaba un aullido. Cuando cayó en el suelo, se debatió con las manos en los muslos mientras vociferaba espantosas maldiciones.

Rod Corman llegó a su destino y, sin tomarse descanso, se puso a disparar contra los hombres que estaban a la vista que eran cuatro.

Los dos primeros cayeron en seguida. Los otros dos se volvieron disparando pero lo hicieron demasiado precipitadamente.

Corman los fulminó también.

En seguida se produjeron ruidos de carreras.

El resto de los forajidos huían. Eran sólo tres.

Rod los vio correr en sus caballos e hizo nuevos disparos. Uno de los jinetes se desplomó, pero los otros dos consiguieron perderse más allá de la colina.

El lugar donde había sucedido la masacre quedó envuelto en el silencio.

Rod se dirigió hacia la cabaña.

—¡Ya pueden salir! —gritó.

El juez Strong asomó la cabeza por el hueco y miró a un lado y a

otro para cerciorarse de que no quedaba ningún enemigo.

Salió y luego lo hicieron unos cuantos mineros.

—¿Cuántas bajas hay? —preguntó Rod.

Doyle contestó:

—Nueve muertos y tres heridos.

Corman se pasó una mano por la sudorosa frente.

—Doyle, ¿de qué parte están ustedes?

En los ojos de Robert Doyle llameaba la cólera.

—No dude de eso, *marshall*. Estábamos con usted y seguimos estando.

Capítulo XIV

Vincent Rutting entró en el despacho de Gregory Wellman, alias William Ferguson.

—Me acabo de enterar de lo de la cabaña de Doyle, Ferguson.

—Fue bueno, ¿verdad?

—Déjate de tonterías. Tus hombres fracasaron.

—Mataron a muchos mineros rebeldes.

—Tu objetivo no eran los mineros, sino el *marshall* de Silver Mountain, y él sigue vivo.

—¿Cómo has sabido tan pronto eso?

—Estaba pendiente de tu operación. Yo también conocía la noticia de que Doyle reuniría algunos de esos bastardos para ofrecerle un homenaje al nuevo *marshall*.

—Lo importante es que hemos dicho a las claras que no soportaremos un *marshall* en ésta ciudad.

Vincent esbozó una sonrisa y se inclinó sobre la mesa tras la que se encontraba Wellman.

—De acuerdo, Ferguson, tú le has enseñado eso, pero me temo que la lección ha servido para lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora los mineros que no quieren formar parte de las Cooperativas se reunirán alrededor de Rod Corman. Y tú sabes bien eso, no necesito decírtelo, ¿o es que de pronto tu cerebro se ha embotado?

—Tengo la mente clara y por eso te mandé a mi secretario para ordenarte que vinieses aquí.

—Eh, cuidado, no me diste ninguna orden. Yo vine por mi propia voluntad.

—Está bien, Vincent, no vamos a discutir por eso. Viniste por tu

propia voluntad.

—Eso está mejor. ¿Qué es lo que quieres, Ferguson?

—Necesitamos unir nuestras fuerzas.

Vincent Rutting se miró las uñas de la mano derecha.

—Yo tengo razón, ¿eh, Ferguson? Los mineros se unirán a Corman y tú te ves impotente para hacerles frente.

—No seas estúpido. Puedo acabar con ellos cuando me dé la gana, pero admito que eso me costaría muchas bajas. ¿Por qué correr un riesgo inútil cuando tú y yo podemos barrerlos como si fuesen escarabajos?

Sobrevino una pausa.

—¿Cuáles son las condiciones, Ferguson? —preguntó Rutting.

—Mitad y mitad.

—No está mal. Cuando venzamos a Corman, nos repartiremos Silver Mountain al cincuenta por ciento.

—Eso es lo que he dicho.

—De acuerdo, Ferguson. Ésta es mi mano.

Alargó la diestra y Wellman se la estrechó.

El pacto quedó sellado.

* * *

Karen Marsh vio que Dove se levantaba de la silla.

El ayudante de Corman la estaba custodiando en la oficina.

—¿Quiere café, señorita Marsh?

—No, gracias.

—Yo me serviré una taza.

Dove se marchó a la cocina.

En ese momento se abrió la puerta y entraron dos hombres con el revólver en la mano.

Karen iba a gritar, pero pensó que aquellos dos hombros matarían a Dove. Recordó la escena que había presenciado cuando el *marshall* que deseaba vivir renunció a la insignia y fue baleado en su camino a la calle.

Era la misma pareja de asesinos.

Cara de Calavera sonreía.

—Nena, ven hacia acá y no hagas ruido.

—¿Qué quieren?

—A ti, preciosa.

—¿Para qué?

—No preguntes y echa a andar.

Karen decidió que debía obedecer. Si salía con la pareja de hombres, al menos salvaría la vida a James Dove.

—Sí, iré con ustedes.

—Así se habla, muchacha —contestó Cara de Calavera.

La joven se levantó de la silla y fue hacia donde estaba la pareja de asesinos.

—Eh, señorita Marsh —dijo Dove desde la cocina.

—¿Qué pasa, Dove? —preguntó porque no quería que el ayudante saliese de allí.

—Hice un café estupendo Debería tomar una taza.

—No, gracias.

—Se lo llevaré y verá cómo le gusta.

—¡No, por favor! —grito—. ¡No quiero café!

Pero Dove ya venía hacia allí.

—¡No, Dove, quédese ahí!

Dove apareció en el hueco llevando la cafetera y una taza.

Apenas tuvo tiempo para hacer un gesto de asombra. Los revólveres que esgrimían Cara de Calavera y su compinche, el gordinflón, se pusieron a ladrar.

Karen soltó un chillido al ver como Dove era mordido una y otra vez por los proyectiles.

Cayó hacia atrás y derramó el café por su cara.

Los ojos de la joven estaban desorbitados.

—¡Asesinos! —gritó.

Cara de Calavera la miró sonriente.

—Vamos, nena.

—No iré con ustedes.

—Claro que vendrás —dijo y levanto el revolver para golpearla.

—No me pegue. Los acompañaré.

Cara de Calavera miró al gordito.

—¿Lo ves, muchacho? Las mujeres son obedientes cuando se les enseña el palo.

Salieron a la calle.

Poco después llegaban a la casa que Karen conocía. A la de Gregory Wellman.

Karen fue llevada hasta el despacho del hombre con el que había

soñado como esposo durante mucho tiempo.

Gregory se levantó de detrás de la mesa y fue a su encuentro.

—¡No me toques, Gregory!

—¿Qué te pasa, nena? Estás blanca como la pared.

—Sí, Gregory, estoy blanca, ¿y sabes por qué? Porque presencié otro asesinato… Fueron esos dos hombres tuyos, los mismos que asesinaron al *marshall* Chuck Danton… Y tuviste el cinismo de decirme que estos dos hombres estarían muy lejos de Silver Mountain. ¡Son empleados tuyos! ¡Eres el mayor asesino!

—Vamos, cálmate.

—No, no puedo calmarme.

—Te serviré un poco de *whisky*.

—No quiero *whisky*.

—Deberías ser más comprensiva.

—¿Me pides tú eso? ¿Que sea más comprensiva con los asesinos?

—No son asesinos.

—¿Cómo los llamas tú, Gregory?

Wellman se pasó un dedo por detrás de la oreja mientras pensaba su respuesta. Al fin dijo:

—Acabaré con todo lo que se oponga en mi camino.

—¿Cómo puedes decir tú eso? ¿Qué te han hecho esos hombres, esos mineros? ¿Qué te hizo James Dove, el ayudante de Corman? ¿Por qué tuviste que matar al *marshall* Danton?

—Eran estorbos.

—¿Tan bajo has caído que piensas así? ¿Acaso no tienes en cuenta que son seres humanos?

—Oye, pequeña, en el mundo hay muchos millones de seres, miles de millones, y también mueren a miles todos los días. ¿Qué más da que se muera de una cosa o de otra? La humanidad no se va a acabar por eso. Somos demasiada gente en el planeta.

—No comprendo cómo me pude enamorar de ti. Eres un salvaje, un monstruo…

—Nena, tú sigues aún enamorada de mí.

—No, no lo estoy.

Gregory la tomó por las manos y dijo mientras le sonreía:

—Soy el mismo hombre que te besaba hace dos años.

—No me lo recuerdes.

—Entonces te apretabas contra mí…

—Calla, por favor.

—Decías que yo era tu único amor.

—Entonces yo era una chiquilla.

—No, eras ya una mujer, aunque reconozco que no tan hermosa como ahora.

La rodeó por la cintura y fue a besarla, pero Karen le dio un empellón.

Wellman se apartó tambaleándose.

Karen echó a correr hacia la puerta.

La abrió de un tirón, pero se detuvo al ver en el hueco a Cara de Calavera y al gordinflón.

Karen se volvió y cerró con un portazo.

Había otra puerta a la izquierda y echó a andar hacia ella.

También la abrió, pero allí había otros dos hombres.

Gregory Wellman rió a sus espaldas.

—Será mejor que te estés quieta, Karen. No puedes salir de aquí.

Ella lo miró con los ojos llameantes.

—¿Qué es lo que quieres?

—A ti.

—Yo no te quiero…

—Eso ya no me importa, Karen. Te necesito como cebo.

—¿Qué?

—Sé que cuando el *marshall* encuentre a su ayudante muerto y no te vea en la oficina, imaginará que yo he sido el secuestrador… Entonces, vendrá para rescatarte.

—Es una estupidez. El *marshall* no hará tal cosa.

—Ese hombre se ha enamorado de ti No podrá resistir la idea de que yo te voy a tener a la fuerza. Los celos son los peores consejeros, querida.

—Rod Corman no es ningún estúpido. También él se dará cuenta de que le has preparado una trampa.

—Y yo te digo que eres tú quien se equivoca. Esta vez el *marshall* obrará sin reflexionar… De todas formas, falta muy poco tiempo para que lo sepamos. Mientras tanto, quiera recordar el sabor de tus labios.

—No te acerques.

—Vamos, pequeña. Pon un poco de tu parte. Cuando el *marshall*

haya desaparecido, tú y yo volveremos a ser los de antes.

—Olvídate de mí. Gregory.

—No, eso va a ser un poco difícil, al menos de momento. Eres muy atractiva. Sí, nena, lo eres mucho más que cualquier otra mujer de esta ciudad… Me acostumbré demasiado a las *girls*, a las mujeres fáciles… Me alegro que hayas venido, porque tú me has quitado la venda de los ojos. Eres un plato apetitoso comparado con las muchachas con que acostumbro a relacionarme.

—Tu vocabulario es como el de tus hombres.

—Perdona, pequeña, pero ya te diré cosas bonitas al oído dentro de un rato.

Karen fue hacia la mesa y se apoderó de un abrecartas de hoja larga y fina.

—¡Cuidado, nena! Deja eso.

—Si te acercas a mí, te lo hundo en la carne.

—¿Serias capaz de eso?

—Sí. Gregory, sería capaz.

Wellman lanzó una risotada.

—Miren a la linda joven que trata de salvar su honor. Pequeña, soy yo, Gregory Wellman, el hombre que está contigo en esta habitación. No hay nadie más.

—Te equivocas, Gregory. No estoy con Gregory Wellman, al que yo conocía, del que yo me enamoré… Tú eres otro hombre, William Ferguson o como quieras llamarte.

—Deja ese abrecartas en la mesa —dijo Wellman dirigiéndose hacia ella.

La joven retrocedió sin obedecerle.

Levantó la hoja de acero.

—He dicho que me dejes en paz, Gregory.

—Podemos ser buenos amigos. Volver al pasado.

—No, eso ya no puede ser.

—Recuerda que eres mi prometida.

—Tampoco lo soy.

—Todas las mujeres de Silver Mountain darían años de su vida por encontrarse en tu lugar.

—Sí, es posible, pero yo no te quiero…

Gregory saltó sobre Karen.

Ella le dirigió la aguda hoja del puñal hacia el estómago.

Wellman vio que la hoja se le iba a clavar y lanzó un aullido.

CAPÍTULO XV

Rod Corman entró en la comisaría.

Vio a Dove en el suelo, junto al corredor, en medio de un charco de sangre.

Dio unos pasos hacia él y se detuvo.

Ya nada podía hacer por James Dove.

Le habían llenado el cuerpo de plomo.

—¡Karen…! —gritó.

Fue a la cocina y abrió la puerta del patio.

Luego, volvió a la oficina.

El juez Strong estaba allí mirando el cadáver de Dove.

—¿Y la chica?

—No está… Se la llevaron.

Corman sacó el revólver y se dirigió hacia la puerta. El juez lo tomó por el brazo.

—¡Espere, Rod!

Corman volvió la cabeza.

—Voy a por la muchacha.

—No, no haga eso, Rod.

—¿Es que no se da cuenta? La tiene Gregory Wellman.

—Sí, Wellman se la llevó para que usted fuese a rescatarla. Lo estarán esperando. Habrá muchos tipos allí. Los habrá por docenas. Usted no tiene ninguna probabilidad de salir vivo si se mete en esa casa.

El sepulturero Al McKenny entró en la comisaría.

Había sido encargado por el juez de una misión especial. Debía recorrer las colinas y hablar con los mineros para que se uniesen a Robert Doyle y al nuevo *marshall*.

—Dios mío —exclamó al ver a Dove.

El juez le preguntó:

—¿Cómo te fue, McKenny?

—Hay muchos indecisos… Tienen el miedo metido en el cuerpo. Piensan que nadie puede ganar a Ferguson ni a Rutting. Tuve que esconderme varias veces. Los hombres de Ferguson van diciendo por ahí que las dos Cooperativas se han unido. Ahora sólo habrá una Cooperativa en Silver Mountain y el minero que no quiera pertenecer a ella lo va a pasar muy mal. Lo siento, juez, pero temo que mi misión haya servido para muy poco. Esos mineros son unos gallinas.

El juez Strong se pasó una mano por la cara.

—También explotarán la muerte de Dove. Dirán que el ayudante del *marshall* fue asesinado en su propia oficina… Y si las cosas han ocurrido así, ¿qué probabilidades tiene de resistir un minero a una pandilla de pistoleros? Por unos momentos llegué a pensar que Silver Mountain estaba a punto de lograr una victoria sobre la anarquía y el crimen, pero creo que fui demasiado ingenuo…

—Las cosas van a empeorar en seguida —dijo McKenny y miró a su jefe—. En toda la calle he visto a gente de Ferguson. Están apostados en las esquinas. También hay tipos de Rutting, los he visto hasta en los tejados.

El juez sacudió la cabeza.

—Nosotros íbamos a dirigir la última batalla y resulta que son ellos quienes nos harán bailar al compás de su música.

El *marshall* caminó hacia la ventana y miró fuera.

Efectivamente, en la esquina del callejón, vio a dos tipos, la mano en la culata del revólver, y arriba en una ventana, descubrió a otro que manejaba un rifle.

McKenny, por detrás de él, dijo:

—El cerco se está estrechando… ¿Cómo vamos a salir de ésta, jefe?

—Se me ocurre una idea, McKenny.

—Diga.

—Deja la insignia y el cinturón en la mesa y sal a la calle.

McKenny se echó a reír.

—¿Cree que me dejarían en paz? ¿Piensa que me darán una autorización para incorporarme a mi tarea en el cementerio? Yo le puedo contestar si no se atreve, *marshall*. Ellos saben que soy el

ayudante de usted, que me ofrecí voluntariamente y querrán darme un escarmiento.

Rod Corman tenía en cuenta lo que les había pasado a Jim y a Elmer, los dos mineros que quisieron entregarse en la cabaña, cuando salieron indefensos sin armas, y sin embargo, los cosieron a balazos.

—Sí, McKenny, yo también pienso lo mismo que tú… Acabarán contigo.

—Entonces, no puedo elegir. Moriré con el revólver en la mano.

El juez Strong desorbitaba los ojos. Su nuez bailaba en la garganta.

—Su caso no es el mismo, juez —dijo Corman—. A usted lo necesitan. Siempre le han respetado la vida…

—Sí, Rod, hasta ahora respetaron mi vida, pero esta vez he ido demasiado lejos… Yo he sido siempre un payaso para ellos. Ésa es la consideración que me han tenido. Era el juez bufón. Mis cosas hacían gracia. Mis juicios eran estupendos y, sobre todo, lo eran mis sentencias. Una vez juzgué a un hombre de Ferguson que había matado a dos mineros. ¿Sabe cuál fue mi sentencia? Admitir que a aquel sujeto se le había caído el revólver y se disparó dos veces. Imagínese. Lo condené a tres días de cárcel por descuido en el uso de armas… Trataba de convencerme a mí mismo de que tenía que seguir siendo el juez de Silver Mountain y esperar una oportunidad. Me decía que, si yo me ponía en contra de Ferguson, me mataría, y entonces nombrarían otro juez que sería mucho peor que yo, porque sería un bandido, un asesino como ellos. Sí, Corman. He pronunciado sentencias que avergonzarían a un juez honrado pero lo hice pensando en que, tarde o temprano, Silver Mountain se encontraría a sí mismo, aunque para ello tuviesen que pasar muchos meses… ¿Y de qué ha servido todo ahora? Me pregunto si no hubiese sido preferible para mí negarme a representar aquel papel, convertir los juicios en una parodia de justicia. Me habrían matado, es cierto, pero habría sido otra mancha que hubiese caído sobre ellos. El asesinato de un juez que quiso ser leal hasta el fin a los principios de justicia que había jurado respetar. Y quizá mi muerte hubiese precipitado la aparición de otras autoridades con más agallas que yo… ¿Cuál es el resultado de todo lo que hice? No sirvió para nada. Ya lo ven. Aquí estamos metidos en una ratonera. O peor

aún, somos reses dispuestas para el sacrificio.

—Todavía no —dijo Rod Corman—. Todavía no nos han sacrificado, juez.

* * *

Gregory Wellman se apartó de Karen.

Se llevó la mano al lugar en donde la joven le había clavado el abrecartas.

—Maldita.

—Te dije que no te acercases —repuso Karen que continuaba con el abrecartas en la mano.

—¡A mí, muchachos! —gritó Wellman.

Se abrió la puerta y entró Walter Griffith, su secretario, seguido de otro hombre que manejaba una pistola.

—Jefe, ¿qué le ha pasado?

—Me hirieron —dijo Wellman—. Necesito un doctor…

Walter tomó a Wellman por un brazo y lo ayudó a tenderse en el diván.

—Tony —dijo Wellman—. Vigila a la muchacha, y, si se mueve, pégale un tiro.

—Sí, señor, no se preocupe.

—Ten cuidado con ella. Es una gata.

—Tendré cuidado, no se va escapar, se lo juro.

Tony se pudo delante de la joven apuntándola con el revólver.

Karen estaba muy pálida. Se sentía morir. Había herido al hombre que tan sólo un día antes había ido a buscar a Silver Mountain para casarse con él.

¿Por qué la vida era así? ¿Por qué las cosas podían cambiar tanto y con tanta rapidez?

Tenía un nudo en la garganta, y ella sabía que sólo lo podía desatar llorando.

Miró el abrecartas, en cuya punta brillaba la sangre de Gregory Wellman y lo dejó caer en el suelo, a sus pies.

Griffith ya había examinado la herida de su jefe.

—Es sólo un corte superficial. Un pequeño arañazo que sanará en unos días. Puedo curarle yo mismo sin necesidad del doctor.

Wellman estaba furioso.

La mujer que él había amado, la que quería convertir en su

esposa, le había clavado el abrecartas.

Cuando Griffith le terminó de poner el vendaje, se levantó y fue hacia Karen.

—¿Ya estás satisfecha?

—Por favor, Gregory, déjame salir de aquí.

—Ahora no te dejaría marchar aunque me lo pidieses de rodillas.

Llamaron a la puerta y entró Vincent Rutting.

—¿Qué pasa, Vincent? —inquirió Wellman.

Rutting estaba observando a la mujer.

—Una bonita pieza, Ferguson. Algunos hombres me hablaron de ella como de algo nuevo que había llegado a Silver Mountain, y ahora veo que no exageraron. Es sencillamente sensacional.

—No te preocupes. Si te gusta, te la traspasaré esta misma noche.

Karen agrandó los ojos.

—¿Qué dices, Gregory?

—Ya lo has oído, pequeña… Ya no te quiero como esposa. No me interesas. Pero eso sí, pasarás unas horas conmigo. Sólo unas horas, y luego, se ocupará de ti mi amigo Vincent Rutting.

Rutting habló por detrás de él.

—Gracias, Ferguson. Te acepto el presente.

Karen apretó los maxilares.

—Ya veo que no existe ninguna diferencia entre tú y esos forajidos. Tienes sus mismos sentimientos… Para ti una persona es como un animal.

—Quise que tú fueras diferente a todas las demás, pero no me lo agradeciste.

—El *marshall* llegó a la oficina —habló Rutting.

—¿Ha salido?

—No, sigue allí.

Wellman sonrió a Karen.

—Vaya, parece que el muchacho necesita demasiado tiempo para decidir recuperarte.

Ella levantó la barbilla.

—Rod Corman es listo y habrá supuesto que me secuestraste para tenderle una trampa.

Rutting intervino de nuevo.

—Es posible que él crea eso, pero de todas formas no le va a valer de nada. He ordenado a mis hombres que ocupen la calle de la Violencia. Están en todas partes, en rincones, en ventanas, detrás de los barriles.

Wellman se echó a reír.

—¿Lo oyes, nena? Tu adorado *marshall* no tiene ninguna probabilidad de salir con vida Se entretuvo en discursear a los mineros… Sí, querida, eso es lo que quiso hacer tu *marshall*, arruinarme y arruinar también a Vincent Rutting. Pero ahora le vamos a enseñar a ese entrometido que aquí sólo Rutting y yo podemos dar las órdenes… Y los demás tendrán que obedecerlas, les gusto o no.

—Eh, Ferguson —dijo Rutting—. ¿Por qué no atacamos de una vez la comisaría?

—No, no haremos tal cosa.

—Acabaríamos con ellos en unos minutos.

—Eso es lo que no quiero. Acabar rápido con el *marshall*. Quiero que se ase en su propio jugo… Quiero que esté allí en la comisaría, imaginando que Karen está conmigo. Al fin no lo podrá resistir y tendrá que salir a la calle. ¿Lo oyes, Rutting? No puede estar allí eternamente. El espectáculo es bueno para nosotros y no hay por qué variarlo.

* * *

Había oscurecido.

El *marshall*, su ayudante y el juez bebieron el último resto de café.

McKenny se acercó a la ventana y miro afuera.

—¿Siguen ahí? —preguntó el juez.

—No se han movido ni un palmo.

—Pero ¿por qué no acaban con nosotros? —dijo el juez—. Podían prender fuego a la oficina para hacernos salir y entonces nos coserían con facilidad.

—Nos están sometiendo a tormento —dijo Rod Gorman—, especialmente a mí. He pensado con el cerebro de Wellman y conozco su plan.

—¿Ha encontrado alguna solución? —Inquirió McKenny.

—Sí, saldremos de aquí cuando reine la oscuridad.

—Nos verán.

—Quizá no.

—¿Por dónde escaparemos?

Corman señaló el techo.

—Examiné antes el dormitorio del *marshall*. Hay unas vigas que cederán fácilmente. Será cuestión de minutos si me ayudan los dos.

Capítulo XVI

Primero salió el juez Strong, en segundo lugar Al McKenny y, a continuación, el *marshall*.

Rod dio orden a sus compañeros que se tendiesen en el techo.

Ahora la calle de la Violencia estaba sumida en el silencio.

Naturalmente, eso se debería a una orden de Ferguson y de Rutting. Todo el mundo debía estar callado para que los forajidos pudiesen saber lo que pasaba en la oficina.

De pronto, un borracho salió del *saloon* de Leyla Evans.

Reía a mandíbula batiente.

Sonó un estampido y el borracho retrocedió hacia las hojas de vaivén.

Otra bala lo terminó de meter dentro.

En el silencio que siguió, una voz dijo:

—Ese imbécil no volverá a beber *whisky*.

De pronto apareció un carromato por el fondo de la calle.

Rod habló por lo bajo.

—Van a detener ese carruaje. Será el momento para descolgarnos a la calle.

No se equivocó. Cuando el carromato llegó a la altura del *saloon* de Leyla cuatro hombres le salieron al encuentro.

—Eh, deténgase —dijo uno de los forajidos.

—Listo, muchachos —dijo Rod—. Esta vez yo me descolgaré el primero. Pero ustedes deben darse prisa.

El juez soltó un gemido.

—Ya no estoy en condiciones de saltar.

—Tendrá que estarlo, si no quiere que le desparramen los sesos.

—Sí, ¿pero qué pasa si me los desparramo yo mismo?

—Procure que no ocurra eso porque Silver Mountain necesita su

cabeza.

El hombre del carromato estaba discutiendo con los forajidos.

* * *

—Tu caballero andante se demora mucho. Karen —dijo Gregory Wellman.

—No vendrá… Es inútil que esperes.

Estaban sentados ante una mesa repleta de manjares. Pero Karen no probaba bocado.

Sin embargo. Wellman ya había despachado unos cuantos platos.

Rutting ocupaba el otro extremo de la mesa y también devoraba con apetito. De vez en cuando, sus ojos se clavaban con gula en el mejor manjar para él. En el cuerpo de Karen.

—Gregory —dijo Karen—. Se me ha ocurrido una idea para que este asunto se pueda arreglar.

—¿Si?

—Abandona. Ya ganaste mucho dinero. Deja de explotar a los mineros.

Rutting ya sabía la historia de Gregory Wellman y se echó a reír.

—Sí, Gregory, ¿por qué no le haces caso a Karen…? Márchate.

Wellman también reía de buena gana.

—Si claro, y así tú te quedarías dueño de Silver Mountain. Sería bueno para ti, ¿eh, Vincent?

—Te pagaría bien el regalo.

—¿Crees que soy idiota. Vincent? No hay otra ciudad desde Nueva Orleans hasta el Pacífico mejor que ésta Aquí se obtienen los mejores ingresos. Abilene, Dodge City, son poca cosa comparados con Silver Mountain. Yo fui el primero que puso sus manos en este lugar y hasta ahora no he dejado que nadie me arrebate el pastel. Sí, otros vinieron como tú y como Quayle y han querido hacer lo mismo que yo… Pero hasta ahora el mayor trozo de la tarta me pertenece, y ahora voy a tener la mitad. Nadie me la va a arrebatar. ¿Lo oyes, Rutting?

—Yo no quiero quitártela. Sólo hacía un comentario respecto a lo que Karen acaba de decir.

—Pues ya tienes mi respuesta No intentes jugármela, o te la ganas, Vincent.

—Tranquilo, muchacho. Nadie piensa jugártela. El acuerdo a que llegamos es bueno para mí.

—Demasiado bueno, diría yo.

—Aquí hay para los dos, y no es mi intención pelear —al tiempo que así decía, miraba codiciosamente a Karen.

De pronto, los cristales de la ventana saltaron.

Un cuerpo humano había entrado por el hueco.

Gregory y Rutting se levantaron de la silla llevando la mano al revólver.

Un arma se puso a crepitar desde el suelo y era manejada por Rod Corman.

Gregory fue alcanzado en el mentón y el pecho. Volvió a caer sentado en la silla y allí abrió mucho los ojos y la boca.

Rutting recibió una posta en el cuello. Llegó a disparar, pero lo hizo sin puntería porque se estaba ahogando. Su cara se puso muy roja. Por el agujero del pescuezo arrojaba sangre como una res degollada.

—¡Al suelo, Karen! —gritó Rod.

La joven apenas tuvo tiempo para ello, ya que la puerta del fondo se abrió y dos hombres entraron con el revólver en la mano. Eran Cara de Calavera y el gordinflón.

Rod disparó una y otra vez.

Los dos hombres salieron con la misma prisa que habían entrado. Pero ahora eran empujados por las balas.

Corman atrapó el revólver de Rutting y corrió hacia la puerta.

Oyó pasos a su espalda y vio a Karen que tenía un arma en la mano.

Fuera se oían voces confusas.

—¡Señor Ferguson! —gritó uno de los tipos que había allí.

—El señor Ferguson no te puede responder porque está muerto. ¿Quién eres tú?

—Walter Griffith, el secretario de Ferguson.

—Tu jefe se marchó al infierno y se llevó a Rutting como compañero de viaje.

—No lo puedo creer…

—Pues pasa y compruébalo con tus propios ojos.

—¿Cree que soy un estúpido? Usted me matará.

—Soy el *marshall* y te prometo que no dispararé… Sólo quiero

que te convenzas de la verdad de lo que te digo.

Dos hombres aparecieron corriendo.

Rod apretó el gatillo una y otra vez.

Uno de los tipos dio una tremenda voltereta y se estrelló contra el suelo aullando. El otro mostró un gran boquete donde momentos antes tenía el ojo derecho.

De pronto en la calle se produjo un gran tiroteo, acompañado de maldiciones.

Un grupo de jinetes galopaba. Karen apretó el brazo de Rod.

—¿Qué pasa…?

—Apuesto a que son los mineros… Al fin se decidieron a luchar por lo que les pertenece.

El alboroto era cada vez más grande en la calle de la Violencia.

Los disparos se sucedían.

Era una batalla infernal.

* * *

Al juez Strong le estaban vendando un brazo. Hablaba entusiasmado.

—Señor Corman. Silver Mountain ha contraído con usted una deuda eterna.

—No, juez, no fue solo cosa mía. Usted también hizo mucho y Al McKenny y los mineros que terminaron por recuperar la confianza en sí mismos.

—Pero, sin usted, nada de eso habría ocurrido.

Al McKenny dejó la insignia sobre la mesa.

—Bueno, *marshall*, yo cumplí con mi parte… Ya me puedo marchar al cementerio. Hoy habrá mucho que enterrar, pero a partir de mañana espero dedicarme a la vida que yo deseaba.

Rod sonrió pegando una palmada en la espalda de McKenny.

Estaban en la oficina.

Rod Corman echó a andar y salió al porche.

Vio de espaldas a Karen, que estaba quieta mirando la calle donde se oían gritos y canciones de los mineros que celebraban su victoria.

Rod llegó por detrás de ella y la besó en el cabello.

Karen se volvió y los dos se miraron a los ojos.

Luego, sin decir nada, juntaron sus labios.

El juez dijo en la oficina:

—Eh, McKenny, cuando te vayas hacia el cementerio, cambia el rótulo de la calle. Ya no habrá más violencia.

McKenny soltó un gruñido de asentimiento y salió de la oficina.

Fue a decir algo al *marshall*, pero decidió continuar su camino porque Rod Corman estaba ocupado en besar a Karen Marsh.

FIN